AUCA

REVISTA LITERARIA Y ARTÍSTICA

Con páginas dedicadas al ARTE Y EL FUEGO

Asociación Cultural Auca de las Letras
Revista cuatrimestral
Precio: 3€

Nº 20 diciembre 2010

ÍNDICE	AUTOR	pág
Presentación	Colectivo	2
Poema visual.Paisaje con casa	Francisco Camuñas	4
Pasa el tiempo de rodillas	Julia Díaz Climent	5
En contra de la báscula borde	Inma Méndez/Alféizar	6
Quien sabe del amor	Francisco Alonso Ruiz	7
El limonero de Fani	María Sabater	8
Tus brazos	Ricardo Picó	9
En salvaje compañía	Airam Lebasi	10
Poema visual. Tronco de olivo	Francisco Camuñas	11
Una actitud	Ana Marlópez	12
Larga ruta	Mercedes Rdguez/Ariadna Robles	13
La vida de te da sorpresas	Maritza López-Lasso	14
Tú, mis miedos	Rafael Gómez Muñoz	16
Inventario	Francisco Alonso Ruiz	17
Ha llegado el otoño	Mª Rosario Mohinelo	18
Reencuentros	Manuel Parra Pozuelo	19
Raíces profundas, enlazando pueblos	Trinitario Rodríguez	20
Tal vez	Airam Lebasi	21
De todos, tú eras el fuego azul	Julia Díaz Climent	22
Estrella	Inma Méndez/Alféizar	23
El corazón	Bernardita Maldonado	25
Escafandra	Juan Carrizo	26
El viento	Mª Dolores Lamata	27
Decidme hermanas mías	Trinitario Rodríguez	27
Breves intensidades	Ana Cesana	28
Pies Cansados	Eva Llopis	29
Sobre Antonio Machado	Manuel Valero	30
La sangre inextinguible	Manuel Parra Pozuelo	35
Poema visual. Árbol y acueducto	Francisco Camuñas	36
El arte efímero	Mercedes Rodríguez Gª-Olías	38
El prometeico don	Manuel Parra Pozuelo	40
Al fuego	Francisco Alonso Ruiz	41
Las cenizas	Mª José Arques Cano	42
Canto al fuego	Airam Lebasi	43
Llamas del pasado	Lucía Espín	44
Fábula de la ciudad escrita	Francisco Alonso Ruiz	45
Felicidad, locuela	Mercedes Rodríguez Gª-Olías	46
Mira	Julia Díaz Climent	47
Buscando libertad	Isabel Lozano Martínez	48
Amor al orbe	Mª José Arques Cano	49
El vecino del bajo	Rosario Mohinelo	50
La viña de Pablo	Amparo Benito	54
Cuando algo se tuerce	Inma Méndez/Alféizar	55
Mientras el tiempo huye	Manuel Parra Pozuelo	56

Sobre Rafael Alberti y Miguel Hernández	Elena Escolano	57
Cada vez que te alejas	Airam Lebasi	58
A 15000 kilómetros	Julio Pavanetti	59
Cabalgando en las alambradas	Inma Méndez/Alféizar	60
Días tristes	Anastasio del Socorro	61
Mi huella (1)	Trinitario Rodríguez	62
Como flor entre las flores	Lucía Espín	64
Poema visual: Árbol y asno	Francisco Camuñas	65
Entonces	Airam Lebasi	66
Son dos/Lenta caravana	Aúrea López	68
Otra vez las arañas	Francisco Alonso Ruiz	69
3 Únicos poemas	Mercedes Rodríguez Gª-Olías	70
A contracorriente	Juan Vicedo	72
Dijeron que Miguel	Julia Díaz Climent	73
Todo transcrito	Manuel Parra Pozuelo	75

PRESENTACIÓN

Después del largo y cálido verano y aún en nosotros la emoción compartida que nos suscitó la lectura de los poemas –publicados en nuestra revista número 19-, del joven autor Juan Gervasio Ferré, prematuramente desaparecido, nos hemos ocupado con ilusión renovada de la confección y edición de la número 20, que ahora tienen Vds. en sus manos.

Llegar a la publicación de esta revista, la número 20 como decíamos, nos parece, en estos momentos de apogeo de las nuevas tecnologías de la comunicación, casi un milagro, quizás producido por el encanto indiscutible del papel impreso, y porque pasar las hojas de revistas y libros, acariciarlas, disfrutar de su contenido en cualquier momento y lugar, es un placer reservado a los amantes de la palabra escrita que deseamos no acabe nunca.

Este número está nutrido en gran parte por poemas; los hay de amor y desamor; de alegría y de dolor; de la añoranza del tiempo pasado y de confianza en el futuro. Otros se escriben en recuerdo del nunca olvidado Miguel Hernández. También los hay que nos hablan de la libertad y la injusticia social; del deseo de escribir; de angustia y pesadillas, pero también de la muerte derrotada y de la felicidad. Destacamos el homenaje que rinden algunos de ellos al mundo de las Hogueras y a los autores de una obra artística impresionante ofrendada al fuego.

Como es habitual, además de los trabajos de nuestros socios, la revista se enriquece con los de los colaboradores, a quienes estamos siempre agradecidos. María Sabater se vale de un limonero como metáfora del resurgimiento; Maritza López-Lasso, homenajea a Rubén Blades en La vida te da sorpresas; María Dolores Lamata, en su relato El viento, nos habla del valor; Ana Cesana nos ofrece su sentimientos en breves pinceladas; Manuel Valero Gómez, en un extenso y pormenorizado texto nos comenta la filosofía poética de Antonio Machado; Isabel Lozano trata irónicamente el deseo de libertad de un “niño bien”; en cambio, Amparo Benito, alaba el trabajo y el esfuerzo personal como medio de conseguir nuestras metas, y Elena Escolano nos recuerda la relación que mantuvieron Miguel Hernández y Rafael Alberti. Además, señalaremos que las ilustraciones de este número son

debidas a Ariadna Robles y a Francisco Camuñas, láminas a tinta china que hemos denominado poemas visuales.

Confiamos en que disfruten con la lectura de nuestros trabajos y que su juicio sobre los mismos sea benevolente.

DOS NOTICIAS

A punto de enviar este número a la imprenta, nos llegan dos noticias en pocos días, una triste y otra alegre, que no podemos dejar de comentar. La primera es el fallecimiento de José Luis Labordeta, profesor de bachillerato; escritor y poeta; humorista e irónico colaborador radiofónico y televisivo; brillante intérprete de jotas aragonesas, diputado de la Chunta Aragonesista durante dos legislaturas; descubridor de rincones olvidados de nuestro país y, sobre todo, persona cercana y entrañable. Lo imaginamos cargado con su mochila al iniciar el último viaje, caminando por la senda que conduce a las alturas sin perder la oportunidad de curiosear una geografía aún no explorada por él, mientras canta, para decirnos adiós, sus conocidas palabras: “De los que se van del corro,/allá va la despedida./De los que se van del corro,/ aquí se quedan los guapos/ y nos marchamos los buenos.”

La noticia alegre es la concesión del Premio Nobel de Literatura al escritor peruano Mario Vargas Llosa que viene a unirse a los muchos premios obtenidos a lo largo de su carrera: Leopoldo Alas, Biblioteca Breve, de la Crítica, Rómulo Gallegos, Planeta, Cervantes… Es autor, entre otras, de novelas tan significativas como Los jefes, La ciudad y los perros, La casa verde, Conversación en la catedral, La tía Julia y el escribidor y Los cuadernos de Don Rigoberto; de obras teatrales, ensayos y memorias. En su libro titulado El pez en el agua, relata su experiencia como candidato a la presidencia de la República de Perú. Tiene doble nacionalidad peruana y española. Mario Vargas Llosa ha afirmado que este premio es un reconocimiento a la lengua española, hablada por millones de personas en todo el mundo, con las que podemos entendernos y estrechar lazos.

Poema
Visual

Paisaje con casa

Francisco Camuñas

Pasa
el tiempo
de rodillas

polilla de alas rotas
cerca las comisuras
de mis ojos dormidos
como las piedras de mi patria.
Porque hoy, amor,
con el peso de un glaciar
helado te percibo
resquebrajándote en mis manos
sin poder sostener
la cascada de hielo
que proclama tu aliento,
sólo el anhelo
de tu cuerpo varón
derritiéndose en el óbito
febril de mi materia,
sólo eso tienen mis brazos
que te ansían ramas
que te esperan
pájaros sin dientes
espuma de dulzuras matinales
dormidas en la hiedra
de tus labios.
Ya no me queda escarcha
con que amamantar tu oído
ni siquiera mis olas
de sangre interminable
logran romper
en los vertiginosos riscos
que bordean tu luz
intermitente.
Quizás debo aprender
que no eres ramas
ni pájaros
ni luz intermitente,
sólo el amado
que en brazos me sostiene
cuando devoran mi pecho
las serpientes.

Julia Díaz Climent

EN CONTRA DE LA BÁSCULA BORDE

Esta historia no comienza como una más.

Ya desde el principio, hay un claro manifiesto de dos posturas encontradas.

Una es la de mi báscula o la báscula de mis amigos o farmacias, que todas parecían aliarse para darme el desconcierto. Y la otra postura, la mía, siempre intentando mantener a raya a la flechita de la dichosa báscula.

Lo bueno que tiene esto es que cuando lo comentas, te das cuenta de que no estás sola/o ante la adversidad y que hay muchas personas temiendo el terrible instante de subir a la báscula.

Mi historia comienza cuando tenía quince años. Estaba en el Instituto en cuya cantina vendían unos soberanos croissants de chocolate. De ese chocolate que chorrea por los dedos cuando le das el primer bocado. De esa masa de croissants tan suculenta y deliciosa, que de sólo recordarlo, creo que estoy engordando.

En el instituto estaban, como siempre, las chicas que tienen el tipo monísimo porque la naturaleza se lo donó así, las rellenitas, las gorditas (no quiero decir gordas porque parece que suena peyorativo, aunque esa es la palabra más apropiada), y las que eran como yo, con un tipo bien, agraciado, a base de pasar buenas palizas de hambre.

Además yo me caracterizaba por ser ese tipo de chicas que durante seis meses al año eran delgaditas. Coincidía con la época estival. Había que ceñirse, ir ajustadita, llevar tops, minifaldas, y eso sólo lo podía hacer si mi cuerpo estaba en condiciones pictóricas para hacerlo. No iba a marcar ningún michelín, eso lo tenía claro. En la playa mi prenda era el bikini. Así que imaginad las palizas a no comer que me daba por el suplicio de lucir una talla 38.

Luego, me miraba en el espejo y veía que había merecido la pena el sacrificio. Podía ponerme lo que deseara. La ropa me quedaba muy bien. Cuando salíamos de marcha, los piropos y las invitaciones para quedar los coleccionaba.

Casi había adiestrado a mi estómago a no comer hasta que empezaba el nuevo curso y con él las preocupaciones, los exámenes, y con ellos la ansiedad. Y con ella, mientras estudiaba, viajes al frigorífico para comer y así poder paliarla.

Entonces, mi cuerpecito estival pasaba a ser rellenito y finalmente (lo voy a decir a las claras), el de una ”morsa”. De nuevo pasaba de la talla 38 a la 48. ¡Mira que hay tallaje de diferencia!, pero no podía evitar ni el croissant de la cantina, ni el turrón, traído expresamente desde Xixona, de chocolate y almendras, así como el blando y esos dulces tan simpáticos de la Navidad.

Y así me tiraba otros seis meses. Comiendo lo que se me antojaba. Me olvidaba del “ligoteo”, los piropos y el quedar con chicos a mi disposición. ¡Pero no pasaba hambre!

Así fueron pasando los años en los que hacía de mi cuerpo el efecto yo-yo. Delgada, gorda, delgada, gorda. Y es que no veía solución para mi problema.

Hasta que un día, ya en la facultad, estando en mi época de peso gordo, me fijé en un chico que tenía algo especial. Luego supe que era poeta. Me integré en su grupo literario y cambié mi querido chocolate, por la verde ensalada verde. Todo era verde o casi, en mi tabla de verduras, o al menos a mí me lo parecía.

El caso es que el chico tenía también tendencia a engordar, pero no le daba importancia a la báscula.

Un día me invitó a cenar. Yo estaba a dieta. Pero me la salté. Y aunque volví a ponerme como un tonel, el caso es que terminamos juntos.

Pero mi pesadilla no ha terminado. Yo pensaba que cuando consiguiera lo que quería, a alguien que me quisiera por mí, se acabaría la báscula, ¡Pues no!

Ha resultado que soy más presumida de lo que creía y sigo batallando contra ella. Ahora sé que no importan los años que cumpla ni que mi pareja me quiera mucho, la báscula será mi enemiga siempre, pero al menos, ésta, la de mi casa, cuenta hoy su último día. Tengo un buen martillo en la mano y no pienso dejar ni una pieza en condiciones.

¡YA ESTÁ BIEN DE TANTA DIETA, Y BÁSCULA!

Inma Méndez Alféizar

Quien sabe

del amor

Qué cansancio más largo y repetido...
Alguien despierta acaso una mañana,
yo sé bien con qué angustia o qué desgana
de volver a vivir lo ya vivido.

Sigue viviendo. Y aún no ha comprendido
todo lo que se pierde y que no gana.
Transcurre así una existencia vana
con lo que existe, lo que ya ha existido.

Y ya ha pasado lo que ya ha pasado...
y continúa todo, y se reinicia
y sigue y sigue y sigue su proceso.

Sólo quien sabe del amor, que ha amado,
puede afirmar que vive: en la caricia,
en la ternura única de un beso.

Francisco Alonso Ruiz

EL LIMONERO DE FANI

El ser humano es tan complejo que a veces necesita mucho para ser feliz y otras lo puede ser con un simple limón. No creáis que me he vuelto loca al hacer esta afirmación, no, todo lo contrario: estoy cuerda, muy cuerda.

Lo que os voy a contar lo viví el otro día en Benimarfull. Había ido a la casa que mis amigos Fani y Paco tienen en ese bonito pueblo. Ya en otra ocasión os expliqué cómo es ésta y cómo en una parcela tan pequeña consiguen que habiten tantas plantas y árboles de clases diferentes Pero no os dije, porque se me olvidó, que en un rincón del patio se yergue un limonero. Y es que no lo vi porque estaba cubierto con una lona fina.

Fani, que es toda bondad, siempre que voy me obsequia con algo de su propia cosecha. Esta vez me dio pencas, perejil y un limón. Yo agradecí el regalo, pero más aún cuando comprobé que al hacerlo besaba el dorado fruto.

Al ver mi cara de sorpresa me dijo: “Es que para mí estos limones tienen un valor tan especial, que al dártelo algo muy querido te entrego.”

Entonces, me contó la historia de aquel limonero:

“Cuando estrenamos esta casa, dijo, lo primero que planté fue este árbol. Lo he visto crecer, lo he mimado cómo a ningún otro de los que aquí tengo. Cuando algo así ocurre, llegas a tomarle cariño.

“Cada vez que veníamos, la primera visita era para él; contaba hasta la última hoja que le había brotado en mi ausencia. La verdad, estaba un poco obsesionada con su desarrollo. En el invierno de 2000 hizo mucho frío: el pobre no pudo resistir sus rigores y se quemó. Cuando lo vi en ese estado, créetelo, me puse a llorar. Mi marido se reía, ‘No seas tonta -decía-, pero si sólo es un árbol. Se planta otro, y en paz.’ Cómo podía decir eso. Él sabía cuánto quería yo a aquel joven e indefenso limonero.

“Me sentía culpable por no haber sabido defenderlo, dejándolo sin protección. Entonces me hice el propósito de “resucitarlo”. Tenía que salvarlo, pues, aunque no hablaba, yo sabía que me lo estaba pidiendo a gritos. Desde ese día me dediqué a cuidarlo. Mi amigo Rafael, que entiende mucho de agricultura, me daba consejos de cómo hacerlo”.

“Así pasó mucho tiempo. Después de siete años sin producir frutos, sólo brotando tímidas ramas de su castigado tronco, por fin este año le han nacido, para mi contento, siete hermoso limones que yo reservo para obsequiar a las personas que quiero, y entre ellas, estás tú.”

Sus palabras me llenaron de satisfacción: Mi amiga me regalaba un limón cómo si de una joya se tratara. Fue todo un gesto de cariño y amistad al que, con cariño y amistad, correspondo.

María Sabater

Tus

brazos

Tus brazos son mi refugio,
la anestesia de mis males.
En tus brazos yo me abstraigo
de todas mis realidades.

Mis penurias, mis pesares
en tus brazos los ahuyento.
Tus brazos esplendorosos
me arrullan a cada momento.

Tus brazos me son vitales
para soportar mis males.
Si no tuviese tus brazos,
quizás mi única salida
sería darme dos balazos.

En tus brazos viajo siempre
a mundos desconocidos,
donde el calor de tus brazos
me impide estar perdido.

Porque en ellos tengo vida
pues ahuyentan mis heridas.
Si me faltaran tus brazos
la muerte me llevaría.

Gracias amor de mi vida
por ser mi fuerza escondida,
por alojarme en tus brazos
sin preguntas, sin mentiras.

Yo en tus brazos me cobijo
del mal de un mundo mezquino,
pues tus brazos son los brazos
que me abrazan.
Cuando busco temeroso
solamente un buen abrazo .

Ricardo Picó

EN SALVAJE COMPAÑÍA

Tu mano vacía era una forma extraña.
Lo contenía todo y en ella lloraba, en cuclillas, la nada.
Manuel Rivas

El mundo onírico de Manuel Rivas, donde se reflejan sus obsesiones, va de las leyendas de Galicia más antiguas a lo mágico, pasando por lo social, la vida en los pazos y la aristocracia, hasta la forma actual del desprecio de algunos por esa herencia de señores rentistas. *En salvaje compañía,* el autor gallego, nos lleva de la mano de Rosa a ese mundo. La piedra se vuelve viva para a través de sus artífices hablarnos con figuras alegóricas, creadas por nuestros canteros, que van del mundo de los pecados capitales hasta las orgías diabólicas con el macho cabrío. Va a ser la protagonista, la que nos descubra esa fantasía. Estas figuras toman vida y nos presentan un pasado, o encarnan las escenas del *jardín de las delicias* en festines sin fin. Es en la casa solariega de Arán, donde mora la hidalga vieja, Misia, derrotada y olvidada, por la que vagan las almas en pena convertidas en animales. Es allí donde espían los que antes fueron hombres filósofos y poetas ahora escuchan admirados las conversaciones y comentan cómo eran las cosas y como son. Sólo Rosa es feliz en compañía de la antigua dama. Ésta le relata los ecos del mundo elegante y urbano en el que vivió, siente con pasión esas historias de su señora caída ahora en el más absoluto abandono. El rey de Galicia vaga por los tejados con su corte de cuervos, *los trescientos cuervos de Xallas,* sus guerreros, que velan por los vivos, ellos que permanecen en ese borde invisible de lo irreal. Hay un momento en que un ratón gordo y viscoso que no es otro que el tío de Misia, goloso y culón que molesta a Rosa con sus pillerías y robos es obligado por el protonotario del reino de Galicia, Toimil de Bergantiños, transformado en cuervo, a volver al pazo de Arán en el que ya no quedan ni libros que roer y dejar la casa de los caseros tranquila. Es curioso como nuestro escritor sabe de las bibliotecas de estos señores en las que se custodiaban valiosos libros, unos en latín y otros en francés, que contenían ensayos liberales y maneras del arte de la caza y cuidado de los árboles. En esto que llega Don Xil, después de no encontrar ni una miga, dispuesto a roer un libro cuando ve otro ratón de cuerpo afilado y tuerto que la ha emprendido con un misal. “Detente, animal, eso que roes es palabra sagrada” “A ese libro ni mirarlo, Matacáns de Nemancos, el peor furtivo de la comarca”- Le dice. Como Don Xil de Arán era un avezado cazador sabía bien de lo desalmado de su condición e impuso su autoridad de la que el otro se rio. Y para más regodeo lo invitó a roer, o eso, o las ideas liberales del dieciocho de las que el cura era detractor pues en la casona no había ni una miga de pan.

Es deliciosa la convivencia del mundo de las almas en pena con su condición de animales vulgares y los seres reales con sus penas y defectos espiados por estos y a veces enredados en sus artes sin saberlo. Está muy bien lograda la representación del animal con el ser que representa. Los ratones en su papel de seres codiciosos y mezquinos y los cuervos en su papel elegante y sabio. Hace unos días veía yo el programa *Redes* en el que hablaba Eduard Punset y decía que los animales, hombres incluidos, cuanto más tardan en independizarse de sus padres, o valerse por si mismos, más inteligentes son. Ponía como ejemplo que un pollito que sale del cascarón y se pone a picar no tenía ninguna inteligencia, al poco de nacer podía subsistir sin ayuda, en cambio el cuervo que tarda un año en valerse sin la ayuda de sus padres podía realizar una serie de órdenes y aprender, e incluso improvisar.

El libro de Rivas es un compendio de poesía, mundo mágico, realismo y sátira. Al que haya leído *Alfanhuí* de Sánchez Ferlosio le encantará esta lectura.

Airam Lebasi

Poema
visual

Tronco de olivo

Francisco Camuñas

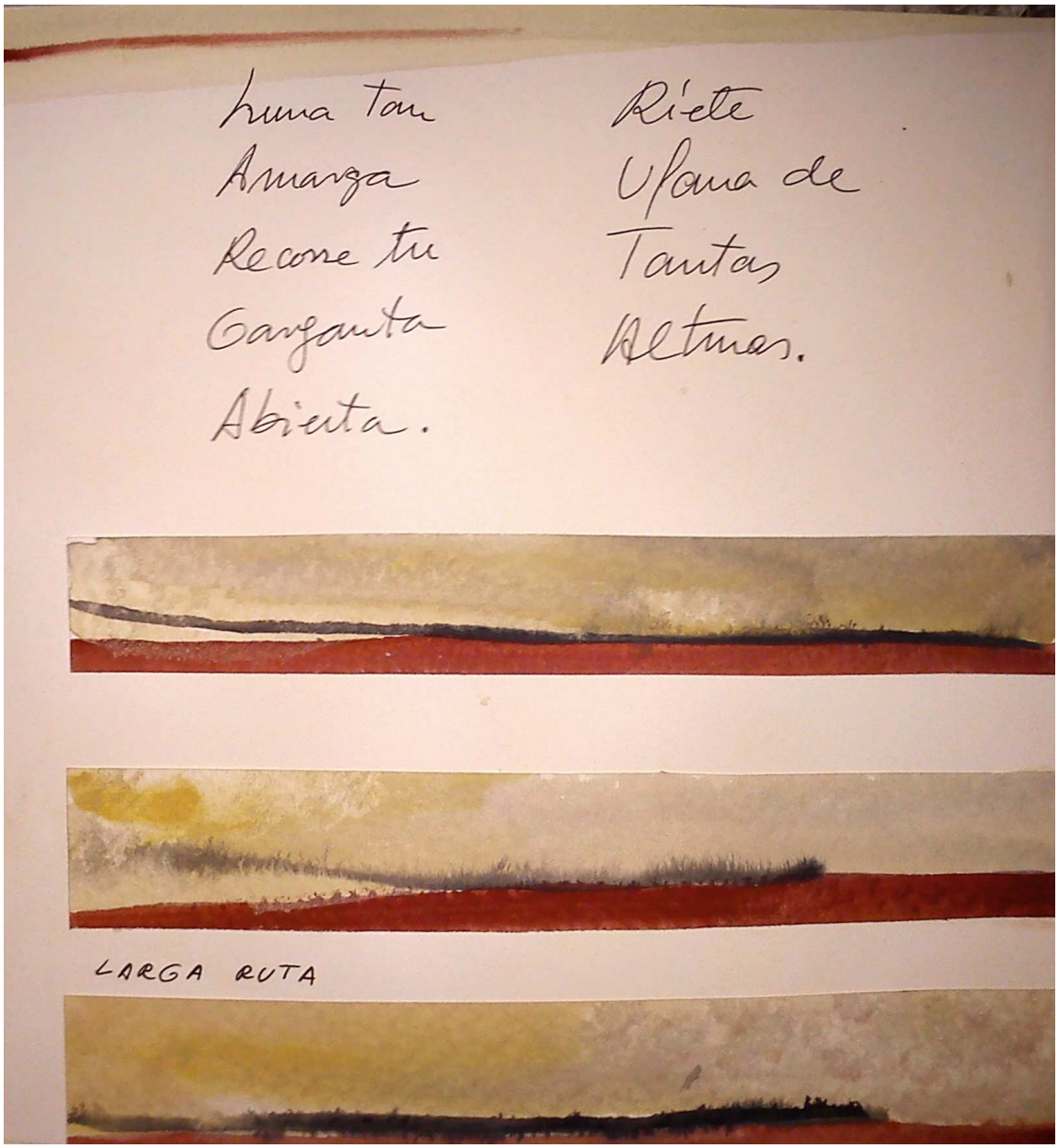
Una

actitud

Si desdibujara una "actitud",
marcaría tu libertad en expresión
con fronda de imagen altiva.
Sin embargo,
mis labios secos están
de júbilo calcinado
entre aquellas murallas...
¡Qué mística pesadumbre pende
desde tu balcón cerrado,
ahogado en tu soledad!
Calle triste de la cerradura
de tu infame ideología
que me encasilla en banal desinencia.
No hay vista que persuada la mirada,
sólo un pasar monótono
de la apatía.
Desnuda de mi papel
sostuve una clave amarga,
mientras dejábamos pasar la horda: del instinto
que crea vigor de tierra y mar.
...mar ilimitado de la clemencia...
No pude apartar mi soledad,
mantuve mi mano cerrada.
No pude sonreír...
¡Lapsus, en la caverna del sueño!
Me calla tu sonrisa rasa,
cúbica
como hielo que entristece.

Ana Marlópez

Larga
ruta



Poema manuscrito de la poeta Mercedes Rodríguez Gª-Olías

sobre el cuaderno ITINERARIOS de la artista alicantina Ariadna Robles

LA VIDA TE DA SORPRESAS

Para Rubén Blades, homenaje

Esa mañana, desde que se levantó, la mujer supo que algo malo pasaría. Lo supo por la sensación de pesadez en el centro mismo de su alma; como si una araña, renegrida de pura maldad, acechara cada uno de sus movimientos, para, al menor descuido, atacarla desde su interior.

Era la misma sensación que había sentido cuando la hija de Lola fue asesinada y cuando el marido de su tía Luisa se suicidó. Sólo que en esas dos ocasiones el sentimiento de maldad extrema había sido acompañado de sueños premonitorios. Esta vez, sin embargo, no encontró una sola imagen que le sirviera de indicio de la manera en que se desarrollaría aquel día.

La mujer revolvió el amarillo encendido de su cabellera, y al advertir que las raíces negras alcanzaban una altura delatora, se dijo que ese día compraría por fin el tinte para prolongar el coqueto engaño. Los hombres preferían las rubias a las morenas y la calle estaba tan dura que lo mejor era complacerlos.

Estaba a punto de salir de su cuartucho, cuando de nuevo, tuvo el presentimiento de que algo malo pasaría. Se detuvo, volvió sobre sus pasos y abrió uno de los cajones de la cómoda. Hurgó en el revuelto interior hasta encontrar una pequeña pistola que le había sustraído a uno de sus clientes como pago a los servicios prestados.

Recordaba ese día como si acabara de vivirlo. Estaba en “El gato tuerto”, el bar donde solía encontrar a la mayor parte de sus clientes. El hombre (después supo que se llamaba Pedro), aunque de buena pinta no le habría llamado la atención si, tras haberse sentado a su lado en la barra, y pedido un cubalibre, no hubiera sacado un fajo de billetes. El que estaba a la vista era de veinte dólares. Ella, que se las daba de lista, debió haber pensado en la posibilidad de que no todos fueran iguales. En efecto, algunas horas más tarde, cuando le dijo a Pedro lo que le debía por su esmerado servicio, el hombre, todavía bajo los efectos de su borrachera, sacó los tres míseros billetes de un dólar que le quedaban. Con la intención de desvalijarlo revisó todos los bolsillos, pero lo único que encontró fue esa pequeña pistola. No tenía la menor idea de si estaba cargada o no. Ni siquiera sabía si era de juguete, pero le gustaba llevarla consigo cuando sentía alguna oscura premonición. Y ese día sentía, sobre su cabeza, la viuda negra de la amenaza. Con el balanceo que tienen los guapos al caminar, el hombre recorre la avenida del rufián. Esconde su rostro detrás de un par de gafas de sol y de un sombrero panamá, cuidadosamente combinado con la ropa y los zapatos. En la esquina de la panadería dobla a la izquierda y, luego de caminar una veintena de metros, se detiene. Mira hacia uno y otro lado de la calle para asegurarse de que nadie lo ve y de una de las ranuras del muro comido por el cáncer de la suciedad retira un objeto. Lo mete en uno de los bolsillos delanteros de su pantalón y continúa con su paso, mitad marcha mitad danza, en dirección al malecón. Ha recorrido media cuadra cuando ve, como cortándole el paso, el callejón. Oscura boca de sombras espesas. Maldito callejón –se dice– adentrándose en las sombras y recordando el incidente de la semana anterior.

Había acudido a ese mismo lugar porque un hombre lo había citado. Para proponerle un negocio –le había adelantado por teléfono–. Por supuesto, no le extrañó que el encuentro fuera en un callejón. Era el tipo de lugar donde solía tener sus citas: lejos de las miradas indiscretas. Ese día había cerrado un buen bísnes y caminaba seguro de sí mismo con el bolsillo repleto de billetes. Apenas había dado unos pasos en dirección al callejón cuando su mirada rapaz descubrió que un hombre, un segundo antes inmóvil, como si esperase a alguien, comenzaba a andar lentamente en su

dirección con un movimiento que le recordó al de su abuela, cuando quería acorralar a un animal.

El guapo volvió la mirada hacia el interior del callejón y se dio cuenta de que quien lo esperaba era el padre de Candelaria, la chiquilla que había preñado unos meses antes. El padre estaba ahí para ajustar cuentas. Se volvió a toda prisa con la intención de escapar, cuando vio que un tercer hombre se acercaba. Era el hermano de Candelaria. El guapo estaba acorralado. Ágil, como una pantera, sacó su navaja de cierre automático y liberó de su mortal abrigo la afilada hoja. El padre de Candelaria y el desconocido también llevaban navajas.

El primero en caer fue el hermano de Candelaria. Después de los primeros segundos de sorpresa, el padre se lanzó al ataque con una rabia renovada. La calle, llena de curiosos, era una gozosa algarabía que azuzaba a los contendientes. El guapo sintió la fría lengua de una cuchilla penetrar en su lindo rostro. No sabía si la herida era profunda, pero no le interesaba. Esos hijueputas habían osado tocar su linda cara y lo pagarían. Cegado por la ira, más herido el orgullo que la carne, el guapo se abalanzó sobre el padre de Candelaria y tras hundir salvajemente la afilada hoja en su estómago, la removió hacia uno y otro lado, como si quisiera abrirlo en dos.

Al ver la sangre que derramaba el estómago sajado o, tal vez, al darse cuenta de que un par de policías se acercaban, el tercer hombre se dio a la fuga rompiendo la barrera humana que había cercado el lugar. El guapo también vio aparecer a los policías y tras accionar el cierre automático de la navaja la disimuló en el cuenco de su mano. Mientras uno de los policías echaba un vistazo a los hombres tirados en el suelo, el segundo le dijo al guapo que se volviera contra el muro. Fue en ese momento cuando vio la ranura salvadora. Aprovechó que el policía barría con la mirada a los curiosos y escondió el arma del crimen. En la comisaría, gracias a la falta de pruebas (no había aparecido el arma asesina) y a la ausencia de testigos (como era lo usual, nadie vio nada) le resultó relativamente fácil demostrar que había sido atacado por una banda de maleantes. Sin embargo, los hijueputas policías, luego de dejarlo una semana a pan y agua, le robaron hasta el último céntimo.

Al menos me queda mi querida navaja, mi compañera de la calle –rumia extrayendo el instrumento del bolsillo. Veamos lo que nos trae el día. Juntos encontraremos algunos pesos para comer –se dice mirando acariciadoramente su útil de trabajo.

La mujer camina con su paso de cazadora urbana desde el malecón en dirección a la avenida del rufián. Verifica que nadie la vigila y saca los billetes que llevaba escondidos en el sostén. Tras contarlos, se pregunta el mejor uso que puede darles. Si me compro el tinte se me acabarán, pero aumentaré la posibilidad de encontrar clientes. Si me compro un buen plato de comida saciaré el hambre que me da tirones en el estómago, pero igual gastaré los billetes. Ya estoy que ni la cucarachita Mandinga –recuerda fugazmente el cuento que le relataba su abuela cuando era una mocosa–. Distraídamente vuelve a contar los billetes sin reparar en que desde un callejón alguien la observa.

–He aquí nuestro primer cliente del día –el guapo le habla a su navaja–. Sólo la asustaremos. ¿Okay?

La mujer abre la cartera, aparta la pistola y, luego de acomodar los billetes, continúa su camino con el gozoso paso de una profesional de la calle.

–Oye, mami, ¿adónde vas tan deprisa?

La mujer se alegra al pensar que es el primer cliente del día.

–¡Ay, papito, no estás en na! –dice al ver que el guapo la amenaza con la navaja–. Yo estoy más limpia que una sábana acabaíta de lavar.

El guapo sonríe y un destello de luz se refleja en su diente de oro.

–No es verdad, mamacita. Acabo de ver cuando contabas los billetes.

–No friegues– dice la mujer reanudando su paso–. Lo que tengo en la cartera no me alcanza ni pa comé.

El guapo está desconcertado, pero no se da por vencido.

–No estoy jugando –asegura–. Dame todo el dinero que tienes ahí dentro –señala con la cabeza la cartera.

–Ya sabía yo que éste no era mi día de suerte –dice la mujer abriendo la cartera–, pero, en lugar de tomar los billetes, empuña la pequeña pistola.

–Vete a joder a otra parte– dice amenazando al hombre.

–Esconde tu juguete. Desde lejos se ve que es de mentira.

Con la intención de intimidarlo, la mujer, que no es diestra en el manejo de estas armas, tira del gatillo. El estampido que sale del arma es tan grande, que por un momento piensa que ha caído un rayo muy cerca del lugar. Sólo cuando ve los ojos exageradamente abiertos del guapo comprende que la pistola estaba cargada. Pero es demasiado tarde. Con los retazos de fuerza que ha logrado robar a su cuerpo mortalmente herido, el hombre ha clavado la navaja en su estómago y cae arrastrándola sobre la acera.

A diferencia de la semana anterior, la calle está desierta. Los curiosos se han ido en masa a la avenida contigua, donde se enfrentan dos bandos enemigos. Desde allí se acerca, oscilante, un borracho. “Me llamo Pedro y soy un campeón –silabea con dificultad–. Me llamo Pedro y soy un guapón”.

–Pedro, maricón– agonizante, la mujer logra articular.

El borracho mira hacia abajo y descubre los dos cuerpos.

–Este pelo lo conozco– dice tratando de mantener el equilibrio–. Y esta pistola también –se agacha con dificultad y toma el arma–. Ay, Santa Bárbara, pero si es mi día de suerte –agrega tomando la navaja del guapo y los billetes de la cartera de la mujer–. Ahora puedo llamarme Pedro Navaja.

–La vida te da sorpresas, sorpresas te da la vida, ay Dios– el borracho se aleja y canta.

Maritza López-Lasso

Tú, mis miedos

Y es aquí donde dan inicio mis miedos,
donde llego a casa; aunque te busque no te encuentro.

Es aquí donde terminan mis horas,
donde estoy sin ti y sin mí.

Es aquí donde sueños inician la guerra de tus recuerdos,
donde mis deseos comparten cama con tus besos.

Y es aquí donde burlarte de mis palabras te sería fácil,
donde finges que ya no te importo y yo me aferro a tu falda.

Es aquí donde me doy cuenta que no basta encontrarte,
sabes que ya te he encontrado y perdido en la misma vida,
es aquí también, donde terminan mis miedos
donde tú sin saber continúas en mis letras…

Rafael Gómez Muñoz

l

No tuve más que unos zapatos viejos
para salir desde la calle al mundo.
No tuve más que un rostro en los espejos,
tal vez meditabundo.

n

No tuve más que una ventana abierta
y una puerta cerrada,
una playa desierta
y una noche soñada.

v

Un puente en el abismo,
la cama en la que duermo,
mi íntimo egoísmo
y un corazón enfermo.

e

Una llave oxidada,
un cigarro sin humo,
junto al todo y la nada
y la angustia que asumo.

n

El billete del viaje
que hice un día al infierno,
con las manchas del traje
que me puse un invierno.

t

Una calle muy larga
a la que llamo olvido,
una nostalgia amarga
de un tiempo consumido.

a

Recuerdos y memorias
de añoranzas antiguas,
un viejo álbum de glorias
y pasiones ambiguas.

r

Una calle muy corta
que interrumpe una esquina,
un afán que no importa
si a diez pasos termina.

i

Este es mi inventario
de mi vida gastada:
lunas del calendario
y un sendero a la nada.

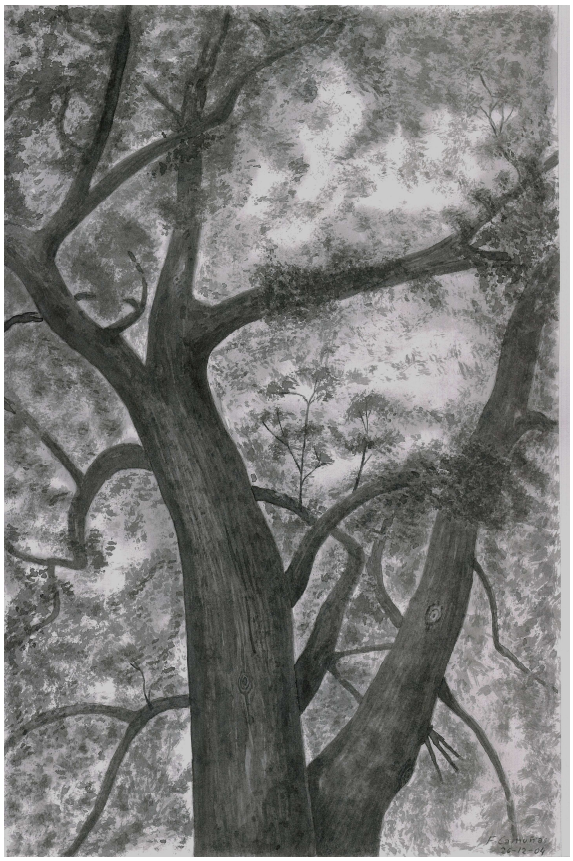
o

Francisco Alonso Ruiz

HA LLEGADO EL OTOÑO

Ha llegado el otoño. Después de un estío abrasador, cuando había perdido la esperanza de encontrar un respiro, me he percatado de su llegada y le he saludado como a un viejo amigo.

Ha llegado el otoño. Una avalancha de nubes -¡Dios mío, líbranos de la gota fría!-, ha invadido el cielo oscureciéndolo y el fragor de la tormenta y los bramidos de la mar dañan mis oídos. Un desorden de hojas muertas cubre parques y jardines y bajo la lluvia, los árboles, en un impúdico *strip-tease*, van quedándose en los huesos, mientras nosotros tratamos de abrigar los nuestros, vagamente temerosos del reuma y los ataques gripales. Por el contrario, los niños, ajenos a los achaques de los adultos, agradecen a la Virgen de la Cueva el regalo de unos charcos donde por fin poder estrenar sus botas nuevas. Mañana volverán a madrugar para acudir al colegio; marcharán dichosos, lastrados por las mochilas que soportan sus espaldas, como una caravana henchida de sueños y esperanzas avanzando hacia el futuro.



Árbol Frondoso. F*rancisco Camuñas*

El otoño es tiempo de maduración, de plenitud, de vendimia. Nada que ver con la manida metáfora que le adjudica la cercanía de la muerte. El otoño no es tan gris como nos quieren hacer creer, es también color: rojo, amarillo, verde, dorado, malva… Al compás de la eterna rueda del tiempo y la renovación los pastos cubren la tierra fecundada por las primeras lluvias y germinan en la oscuridad, sencilla y modestamente, sin alharacas, las semillas que en un parto clamoroso brotarán en primavera.

Con el otoño retorna la actividad, el trabajo, las clases, el reencuentro con los amigos que la canícula ha dispersado, las tertulias, las reuniones. Nuevos conciertos y representaciones teatrales, nuevas películas, nuevos recitales y exposiciones nos aguardan. El otoño favorece la vida familiar, el hábito de la lectura, las horas de serenidad y de reflexión. En esta época del año los ataques de la nostalgia, esa embaucadora que nos impide disfrutar plenamente del presente, se debilitan. La neblina otoñal disuelve las aristas de pasados aconteceres, embelleciéndolos con un halo resignado y poético que los libera de su primitiva agresividad.
Ha llegado el Otoño, disfrutémoslo.

María Rosario Mohinelo

Reencuentros

Para José Sáez, presente siempre

Todo vuelve otra vez vivo a la mente,
irreparable ya con el andar del tiempo,
y su recuerdo ahora me traspasa
el pecho tal puñal fino y seguro
Luis Cernuda

Amando como sólo amarse puede
a aquello que hace tiempo
fue odiado sin medida,
vuelvo a mirar las calles de mi pueblo,
vuelvo a verme en los ojos
que a sus luces se abren.

Poca cuenta he de darles ya de lo que he sido.

Nada importan palabras o miradas
que nunca comprendieron,
que, siempre, agazapadas,
tras bajadas persianas
acechaban las sombras.

Todo ha pasado ya,
y hasta el dolor de entonces
ni siquiera retorna.

No obstante, aún los recuerdo,
absolutos y absurdos,
en un cercado mundo
de innúmeras sospechas,
donde manos y ojos
taladraban las sombras
buscando la evidencia
del mal y las desdichas
que veían en sus ansias.

Mucho ha pasado el tiempo,
pero cuando retorno
están aquí acechando,
igual que entonces.

Lo que viví allá lejos
tampoco fue la dicha,
que mucha sangre nace
de otras albas,
y que innúmeros pájaros
inmóviles y yertos
se ocultan en ocasos
que nunca contemplasteis.

Pero crueldad cercana
hiere más y más duele,
y la vuestra era insomne
palidez de cuchillo
traspasando las horas,
sapientísima infamia
que aún amarga se expande.

Otros también troncharon
la flor que nació inerme,
pero vosotros fuisteis
la causa de aquel llanto
que anegó en sus tormentas
mis más bellas crisálidas.

Ahora que poco importa
cuanto me hayáis odiado,
lo poco que supisteis
cuanto lirio habíais roto,
hoy, todavía, el miraros,
en silencio y despacio,
yo quisiera, abrazándoos,
abolir vuestros ojos
de tristezas y llantos.

Os he amado, no importa,
cuanto me hayáis herido.

Manuel Parra Pozuelo

Raíces profundas, enlazando pueblos

Abrazados están tus pueblos por la cercanía,
como tus hombres están orgullosos de ti,
abrazándote están sus raíces profundas,
abrazándote está tu huerta con alegría,
como tus hijos con alegría te abrazan a ti,
tierra de ensueño para los huertanos,
donde los naranjos se abrazan con las higueras,
donde los pájaros cansados de buscar cobijo
vienen anidar en ti;
en ti, donde el caminante buscándote llega cansado
y al mirar tu belleza queda prendado
de tu huerta y monumentos, de tu gente, de ti.

Trinitario Rodríguez

Tal vez

Tal vez aquella nube sea un trueno.
Entonces cogeré el manto.
Es mi equipaje.

Pesa.

Me cobija,
hunde mi ánimo en su negrura.

Pesa.

Está colmado.
Es imprescindible llevarlo,
contiene la vida.
Hubo un tiempo en que era de tul
leve como un suspiro.

Tal vez la nube sea un trueno.
Tal vez.
Tal vez sólo sea un fuego fatuo.
O un Eros gigantesco
que quiebre el beso que poso en tus labios.
Ah, entonces mi carne se vuelve seda
rozada por tus manos.
Sisea, palpita el sexo
húmedo de ansia,
hambriento de ti.

Tal vez,
la nube, al fin, mande rayos.
Tal vez sea la hora de la lluvia
para lavar el manto,
quizá llegó el momento de volver
a la piel de tul.
Tal vez. Tal vez.

Airam Lebasi

De todos,
tú eras el fuego azul

A mi amado Marco que ya voló, dejándonos
llenos del fuego y la luz que supo entregarnos

Ayer, te buscábamos todos,
corríamos
de un lado a otro
de nuestra memoria,
de nuestros recuerdos,
para poder traerte.
Porque no era posible
un día sin tu luz.
Sin el cálido cielo
que brotaba de tus ojos
y lo iluminaba todo.

Ilustración de Natalia Pérez-Oca

Sin tu risa
que cercaba las sombras
y se abría camino
entre nosotros.
Sin el irresistible amor
que ibas sembrando
porque tanta ternura
no podía contenerse
entre tus grandes brazos.
Y no, no era posible
un solo día sin tu luz.
Después, mire a mis hijos
y estaban llenos de ti.
Abrí la puerta a tus amigos
y no les cabía tanto tú
en sus corazones.
Sobreviviste a la muerte
porque estabas en todos
iluminando en la noche
sus caminos.
No nos dimos cuenta
hasta ayer.
Que tú eras el fuego azul.
Llegaste, nos trajiste
el candil de la alegría
y nunca te apagaste
ni te apagarás nunca.
Porque compartiste
tu fuego con nosotros,
nos diste a cada uno
una llama esparcida
y eres ya
un incendio de amor,
una luminaria azul
de eterna vida.
Gracias Marco, muchas
gracias por tu vida.

Julia Díaz Climent

ESTRELLA

Desde pequeña Estrella sabía lo que quería ser de mayor. Ella quería ser puta.

Pero no una prostituta cualquiera, ella quería ser la mejor. Ya que esa era la manera idónea, según pensaba, de acceder a la alta sociedad, porque lo tenía todo muy bien estudiado.

Sabía que no pertenecería a ningún *chulo* porque sus ganancias serían para y sólo de ella. Y no estaba dispuesta a recibir ninguna paliza por un tipo de éstos.

Y luego estaba el tema del alojamiento mientras les hiciera el amor a sus clientes. Porque Estrella no quería ni pensar en la palabra follar. Demasiado vulgar, se decía para sí misma.

¿Y cómo entrar en ese mundo?

Bueno, lo primero era terminar el bachillerato. No deseaba ser una inculta. Además leía siempre una hora adicional del libro que se le antojara, a parte de sus tareas de instituto. Y así lo siguió haciendo siempre.

Consiguió su título de Bachiller y decidió empezar su carrera profesional como prostituta.

Llamó a varios lugares de contactos hasta que se decidió por uno, para hacerse su propia clientela.

Se cuidaba muchísimo. Tenía un cuerpo espléndido. Unos pechos exultantes, una cintura de avispa, unas caderas muy bien proporcionadas. Todo eso le requería un gran esfuerzo y disciplina, pero no le importaba en absoluto. Iba a su esteticista todas las semanas para arreglarse manos, pies, limpieza de rostro y exfoliación de cuerpo.

En cuanto a su indumentaria, era de lo más sexy y provocativa sin caer en lo chabacano.

Parecía una novia en su noche de bodas cada vez que recibía a un cliente.

Pero cuando Estrella pasaba a la acción era la mejor puta de aquel lugar. No tardó en hacerse un nombre. Y a tener clientes fijos, que pagaban mucho dinero por sus servicios.

Hubo alguno que otro hombre que intentó sacarla de la prostitución ofreciéndole ser su amante, pero ella rehusaba. Eso era sólo el trampolín para acceder a la alta sociedad.

En poco tiempo su agenda se llenó por completo, y los dueños de la casa de citas estaban muy contentos con ella. Fue entonces cuando Estrella pensó que había llegado la hora de ir por libre, como siempre había querido.

Se lo comentó a los dueños de la casa que se quedaron desolados porque sabían la cantidad de dinero que iban a perder sin ella. Y además se imaginaban, como sucedió, que los clientes de Estrella, irían adonde ella se instalase.

Alquiló un apartamento, ni muy grande ni muy pequeño, pero acogedor. Y su clientela fue aumentando.

La visitaban primero maridos insatisfechos que daban buena propina. Después maestros de escuela, de instituto. Y la escala fue subiendo.

Entonces se alojó en un hotel de cinco estrellas.

Por sus piernas pasaban políticos, cantantes, abogados de renombre… Y un día un político que estaba enamoradísimo de ella la invitó a un cóctel.

Lo que ella siempre había querido. Este hombre estaba casado pero no podía estar sin ella ni sin sus placeres sexuales. Así que un día le planteó matrimonio con un

anillo que cegaba por la luz del diamante. Estrella se hizo la remolona, diciéndole que la gente la conocía mucho allí.

-No importa, dijo él, cambiaré de lugar de trabajo.

-Pero, ¿tu mujer?, preguntó ella.

-Ya estoy preparando el divorcio.

Dicho y hecho. Se casaron y le dio un hijo. Aunque siguió cuidando en extremo su elegante cuerpo.

Podría decirse que tenía todo lo que quería. Un marido que la veneraba. Se codeaba a veces con la alta sociedad; tenía joyas, caprichos y todo aquello con lo que había soñado. Y ya no tenía que acostarse con nadie más que con su marido.

Pero eso le empezaba a resultar monótono. El acto sexual siempre era igual, y a ella ya le hartaba fingir orgasmos.

Un día Jaime le dijo: “Cariño, cómprate algo que mañana tenemos cena de sociedad. Es importante, viene un magnate a cerrar un trato y no sé si podré estar mucho contigo. ¿Me lo perdonarás?

-Claro, bobo. Lo importante es que cierres el negocio. Ya me las apañaré.

¡Y vaya sí lo hizo! Su presa fue el hijo del magnate, que debía de tener su misma edad. Consiguió atraer con sus coquetos ademanes toda su atención. Y en el cuarto de baño, sin quitarse el tanga, le demostró lo que era hacer el amor encaramándose a la encimera de mármol, donde estaban los grifos.

Boabdil, el muchacho, quedó extasiado, pues nadie, nadie había jugado su con miembro viril como Estrella lo estaba haciendo, como quien degusta un helado de chocolate.

Boabdil le dijo a su padre que no regresaba con él, que tenía unas cuentas que saldar. Al cabo de una semana le pidió a Estrella que se casara con él, que tenía en su haber más riquezas de las que pudiera ella soñar.

Estrella hizo como que meditaba, pero la respuesta en su fuero interno era sí; de manera que se divorció de Alex para casarse con Boabdil.

Tuvo acceso a la alta sociedad, joyas, dinero… Todo lo que siempre quiso, pero… aunque ella era la favorita, Boabdil contaba con tres esposas más. Y eso no le gustó nada, porque tenía que compartir a su marido, si quería llevar el lujo y la ostentación que deseaba.

Pues bien, si yo te comparto, pensó, tú también me compartirás.

Empezó a fijarse en sus empleados: el que les traía el desayuno a la cama, el que cocinaba, el que cortaba el césped, el que arreglaba las cañerías. De modo que no quedó ni un solo empleado de la mansión con quién Estrella no se acostara. Incluso repetía con los que le habían gustado más.

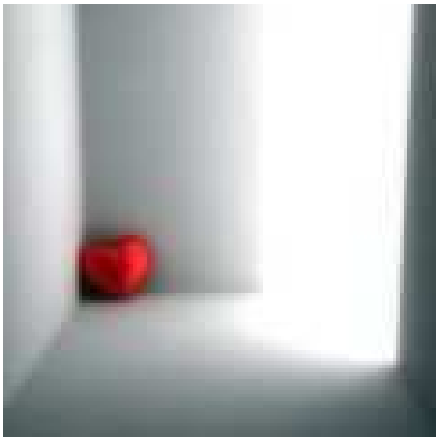
Boabdil nunca supo nada. De cara a los demás eran una pareja perfecta.

Pero es que cuando se nace para puta hasta del cielo te caen los clavos.

Inma Méndez/ Alféizar

El corazón

El corazón
tan leyenda
como los atlantes
y los minotauros
tan atolondrado
tan pequeño
tan músico
tan quién sabe
tan borracho
de beber el vino esperanzado
de todos los engaños
tan potro
pastando yerbas en los escombros,
enjaezado corazón
¿quién conduce esta noche
las riendas de tus equivocaciones?
niño mudo
que escondiste el mejor de
tus racimos
en las esquinas de la indiferencia
y te encaramaste en la roca más alta
sin inmutarte siquiera
y ahora te ríes
de los instintos
de las urgencias
y quieres
que paguemos un caprichoso rescate
para devolverte
rescate que no se encuentra
en este bosque
de nubes
de hojas
poblado de polifemos
agotadas las piedras
las flechas inútilmente perdidas
no me rindo
espero pacientemente
todavía podemos
y esperar
y en la espera nos cabe la vida.



Bernardita Maldonado

Escafandra

Tras una manta, respiro tu vientre,
tu boca suave, tras el muro invencible,
recorro, amor, tu cuerpo en mis plegarias,
tu hombro, el cuello y la espalda.

Seco el sudor de las sábanas agitadas,
aún cuando no las hemos estrenado
y el humo, del incienso y del cigarro,
nos arropa entre sus brazos sin tocarnos.

Te llevo el desayuno de besos con tostadas
mientras disfruto de tus ojos hinchados.
Te lavas los dientes, te bañas despacio
cantando esa canción que aún no nos une.

Así voy dejando abriles y lágrimas,
pasando el tiempo, curando miedos.
Así voy, sediento de tus mañas,
guardando latidos tras la escafandra.

Y entonces:
m
e

s
u
m
e
r
j
o.

Juan Carrizo

EL VIENTO

Ella siempre lo esperaba; no sabía dónde, cuándo ni en qué lugar, mas tenía la certeza de que llegaría. Entonces acariciaba suavemente su rostro obligándola a entornar los ojos; le enredaba los cabellos y la besaba en los labios. En ocasiones, con picardía, levantaba su falda, complaciéndose en admirar sus bien torneadas piernas.

Los cinco sentidos despertaban en ella: era como corretear por el prado, sentir la llegada de la primavera repleta de flores, el otoño con olor a castañas y vino, enmarcado en un arco iris de colores irreales...

Imaginaba su rostro, pero no acertaba con la forma de definir su carácter: unas veces era tierno, otras, llegaba invadiéndolo todo, áspero, malhumorado, tosco. Entonces, ella corría a encerrarse en su cuarto antes de que pudiera abrazarla; atrancaba puertas y ventanas, pasaba los cerrojos y se quedaba quieta esperando que amainase la tormenta. La llamaba dando alaridos, como sólo un loco podría hacerlo.

Él, que era capaz de formar grandes tempestades y hacer zozobrar los barcos con los marineros dentro sepultándolos en el abismo; él, que jugaba con el fuego y lo expandía destruyendo montes y bienes, jamás fue capaz de vencerla a ella que era frágil y sosegada. En aquellas batallas siempre fue la vencedora y él el perdedor.

María Dolores Lamata

Decidme hermanas mías

Decidme hermanas mías,
juventud de claustros fríos,
prisioneras sin cadenas,
desprotegidas del amor.

Laboriosas como abejas
con las manos desgastadas
de tanto frotar camisas,
de tanto frotar jabón.

¿Quién os robó la frescura
de vuestros años de infancia
en nuestra huerta querida,
que nunca os la devolvió?

Decidme, hermanas mías,
¿en cuántos claustros fríos
os faltó cariño, cobijo, amor?
Decidme.

Trinitario Rodríguez

BREVES INTENSIDADES

MAS ALLÁ DEL ÁRBOL

Creo que estoy falleciendo envuelta en la separatividad existente entre el mundo material y yo; no sé si veo tan más allá del árbol que ni siquiera puedo ver el árbol; estoy siempre más allá.

Huyo, pues siento que ese “Árbol” me partió el Alma, enmudeció mi Alegría, paralizó mi Vida. Entonces voy más allá donde nada es mentira, donde encuentro mi lugar; me permite reencontrarme, salir de la oscuridad.

Cruzo la frontera y no quiero regresar, pues cruzando esa frontera, allá está mi hogar.

HOY DESPERTÉ CON VIDA

Soñé que me refugiabas en tus brazos y amparabas mis días; me tomabas de tu mano y eras camino y guía. Mi soledad se fundió, traspasó el sol mi pecho, calentó mi Alma e iluminó este día.

A lo largo de los días mi locura se acrecienta, queriendo ir por encima de tu profecía. Perdóname, pero siento que en lo Alto me presiento, que allí algo cura mis heridas. Luego regreso un momento a la vida y se abren de nuevo esas heridas.

Siempre quiere irse, por eso sé que hubiera deseado querer quedarse.

Hoy como ayer he vuelto a sentir mi corazón destrozado, dando latidos cansados y pidiendo un descanso.

Desconcertante vida que me azotas nuevamente; sólo que esta vez me avisas de que estás queriendo parar.

Torbellino es el alma cuando quiero reposar; déjame un rato tranquila, pues esto no termina acá.

Tus palabras son las dagas que me saben lastimar…. (Errantes, mis ilusiones cabalgan desbocadas).

Dormido quedó mi niño, el que no tuve jamás.

Ana Cesana

Pies cansados,
suben escalones eternos,
que se derriten en su altura,
día a día se insinúan
sin pedir lo que se suele,
añorando la libertad,
mirar al mar,
algo tan simple,
tan lleno de vida...
una manta azul
que esconde canto de sirenas,
que esconde sueños de marinero
algo tan sencillo,
como mirar al cielo
y derramar una lagrimilla
de envidia a aquellos
que vuelan en paz...

Eva Llopis

Nociones de filosofía poética en Machado. Esencialidad temporal y el No-Ser

Los escritos que Antonio Machado dejó sobre su poética y la filosofía aplicada y aprehendida, en mayor medida de Bergson, son extensos. Sin embargo en esta investigación centraremos los esfuerzos en dos aspectos claves en su evolución poética: esencialidad temporal, como dualidad inherente y complementaria, así como lo expuesto por el poeta en torno al No-Ser o la Nada.

Antonio Machado está enmarcado en la Generación del 98 de una forma tardía, principalmente porque *Campos de Castilla*, su primer y único libro noventayochista, no aparecerá hasta 1912. Mientras que el resto de miembros de la generación publicarían entre 1897 y 1912. José Luis Abellán establece tres causas como razones de la inclusión de Machado en la Generación del 98: amistad e influencia de Unamuno, vivencia del campo soriano y el libro *Castilla* de Azorín, quizá como impulso a la edición definitiva de *Campos de Castilla* [Abellán, 1995, 25].

En la obra de Antonio Machado podemos observar una evolución clara hacia su propia poética que sin embargo se deja entrever desde sus primeras composiciones. Para Luis Cernuda, por ejemplo, "Machado como poeta, nace entero y completo en sus primeros versos, y probablemente en esos primeros versos tenemos la imagen más pura de su lirismo" [Cernuda, 1994, 217].

Primeros versos, que si atendemos a la clasificación de la obra machadiana según Francisco Zaragoza, corresponderían a la primera etapa cuya obra es publicada antes de 1907 y bajo un estilo modernista. Zaragoza también habla de un segundo periodo romántico, una tercera etapa basada en la obra de *Campos de Castilla* y una etapa postrera que responde a la denominación existencial.

Esencialidad temporal

Contextualizar a Antonio Machado supone remontarnos al clima filosófico de la época y la situación de progreso –en el sentido de acción de ir hacia adelante– que sufre la lengua. Por una parte, la Generación del 98 se verá sacudida por la idea de revolucionar la lengua que propone Unamuno en su obra *En torno al casticismo*. Si el "lastre casticista" ha de ser eliminado de la lengua, el camino hacia lo popular es quizá el sentido de esta renovación en un camino, que como veremos, en Antonio Machado es transitorio en lo espacial y temporal. Este sentido de lo popular, imprescindible en el pensamiento de Antonio Machado, ejerce de basamento en el momento preciso hacia la modernidad –y que pese a las muchas diferencias que existieron entre Machado y el grupo de 1927– influyó en éstos en su interiorizada concepción del folclore.

Por otra parte, Antonio Machado se verá influido por la postura intelectual europea con respecto a la fenomenología y el planteamiento de ir a las cosas mismas, a la esencia de las cosas. Ser científicos del espíritu bajo el lema defendido por Husserl, el primer Heidegger, Ortega y Gasset y toda la fenomenología de ir a las cosas mismas que concluirá resumidamente en el verso de *Eternidades* de Juan Ramón Jiménez "inteligencia dame el nombre exacto de las cosas".

Nombre exacto de las cosas, esencia en término, "realidad real" como denomina Bergson. Si la teoría bergsoniana con respecto a la intuición como vehículo hacia la realidad real fue foco de aprehensión para los del 98, más si cabe en la poesía y poética de Antonio Machado. El camino mejor, sería necesario dudar acaso si único, en pos de la intuición es la metáfora y en menor grado el ritmo. Teoría intuitiva de Bergson que certifica una ruptura entre el 98 y el 27, entre la lírica de la que habla Machado como vehículo hacia la intuición frente al conceptismo.

"Que la intuición –en el sentido bergsoniano de íntima revelación de la vida– sea lo esencial en la obra de arte y aun en la del filósofo, cosa es que no dudo, pero no basta la intuición" [Machado, 2006, 1587]. De esta forma se confiesa Machado ante Valle-

Inclán en una carta fechada entre 1916 y 1917 a propósito de *Lámpara maravillosa*. Y ello demuestra que para Machado la intuición no es herramienta única, el intelecto es también necesario. Se detendrá aquí Machado para explicar muy detalladamente el valor del intelecto en su poética, principalmente en lo que suponía un ataque a la Joven Poesía. Especialmente cabe recordar su "Poética" para la antología de Gerardo Diego, en la que firmó una de las frases célebres de su concepción poética: "el intelecto no ha cantado jamás, no es su misión" [Machado, 2006, 1802]. El intelecto ha de señalar la esencialidad, pues el intelecto es un productor de ideas y sin ideas no hay poesía. Las ideas del poeta son "directas intuiciones del ser que deviene, de su propio existir; son, pues, temporales" [Machado, 2006, 1802].

Las intuiciones son temporales porque la finalidad de la poesía es hacer de un tiempo concreto un tiempo intemporal dirigido o pensado en el pueblo. "La poesía es palabra esencial en el tiempo" [Machado, 2006, 1802] porque la materia, la existencia, es movimiento y cambio. La materia del poeta es la palabra y Machado habla en boca de Abel Martín cuando distingue mutabilidad y movimiento. Porque las intuiciones, mediadoras de la esencia, de lo real, tienen que ser igualmente flexibles que la realidad para adaptarse a ella y en su movilidad permanecer intactas en su carga emotiva a través del tiempo.

Por ello, Machado escinde el poema sin marcado acento temporal de la lírica. Y respecto a las formas literarias, esta vez en boca de Juan de Mairena, discípulo de Abel Martín, Machado observa contornos temporalmente fugaces que responden a materia en irremediable cambio. Así, desde unos orígenes relacionados con la fatalidad y Poe, la temporalidad desemboca en Antonio Machado "hasta abarcar todo el curso de la existencia humana" [Ribbans G., 2006, 171]. Temporalidad igualmente necesaria en la intuición que conectada, como observó Ricardo Gullón, por el infinito a través del espacio. Tanto físico, como puedan ser los paisajes de Castilla, o psicológico, como puede ser la memoria.

Un cambio se observa decisivo al finalizar *Soledades*. "Antonio Machado, en el mismo umbral de su labor poética, ha llegado ya al final de la expresión, al límite último de la sinceridad" [Valverde, 1975, 41]. Pretende, dándose cuenta de una sinceridad imposible, no caer en el intimismo puro y orienta su escritura hacia lo humanamente universal. En esta crisis de sinceridad, como la denomina Valverde, hay una "superación de lo anecdótico personal, el sentido de la temporalidad lleva al sentido de la comunidad" [Valverde, 1975, 59]. Este cambio se observa hacia 1907 con su idea del poeta/artista en sociedad —sobre todo en los textos del discurso de clausura del Congreso Internacional de Escritores y en *De un cancionero apócrifo*— y su crítica a la contemplación del poeta en sí mismo en la corriente simbolista, como por ejemplo en su artículo "Arias tristes de Juan Ramón" publicado en 1904.

La máxima juanramoniana —"inteligencia dame el nombre exacto de las cosas"— podría ceñir en cierta medida la idea machadiana de poesía, aunque el fetichismo de las cosas no cabe en Antonio Machado. En Juan Ramón Jiménez, tal como hiciera en *Al soneto con mi alma*, su poesía desnuda logra la fórmula de atrapar la esencia de las cosas, una esencia que como se ve en su obra se le escapa. Si en Juan Ramón se le huye la esencia de las cosas, en Antonio Machado esta esencialidad es tránsito, por ello Juan Ramón encierra la esencia en el cuerpo de un soneto, mientras que Antonio Machado pretende concretar temporalmente la esencialidad. La esencialidad temporal de lo universalmente concreto en la sensibilidad popular.

El No-Ser o la Nada

Armando López Castro, entrando en términos del concepto de conciencia en Antonio Machado, define que "para Machado la conciencia poética es la conciencia del instante" [López Castro, 2006, 26]. No podía ser de otra forma con todo lo expuesto anteriormente refiriéndonos a lo concreto temporal. Pero Machado va más allá, más certeramente en la profusión entre filosofía y poesía que existe en la obra y sobre todo en los apócrifos de Antonio Machado. Según Juan de Mairena, filosofía y poesía son

dos concepciones contrarias de la realidad, el filósofo piensa fuera del tiempo. Frente a la incredulidad del filósofo hallamos la fe del poeta. En el poeta coinciden vida y conciencia y como realidad última el tiempo. De ahí que Juan de Mairena llegue a definir la poesía como “el diálogo del hombre, de un hombre con su tiempo”.

Para Richmond Ellis la conciencia es el punto de partida de la ontología machadiana. En una carta de mayo de 1904, Machado le expone a Unamuno que “todos nuestros esfuerzos deben tender hacia la luz, hacia la conciencia. He aquí el pensamiento que debía unirnos a todos” [Machado, 2006, 1474]. El pensamiento de Machado es un cosmos unido por los conceptos de tiempo, espacio, esencia, conciencia, pueblo y No-Ser.

El No-Ser porque como Ricardo Gullón explica en *Una poética para Antonio Machado* lo que al poeta le interesa es el fruto nacido estéticamente como imagen en su conciencia –conciencia que en Machado será espejo–. Los espejos en Machado resolverán un problema de espacio y tiempo, mientras que en Sartre resolverán un problema de identidad. La realidad surge deforme en nuestra creación, para Machado “el mundo es siempre apócrifo” [Abellán J.L., 1995, 103]. En otras palabras, el ser humano produce la Nada, la metafísica de Juan de Mairena será la ciencia del No-Ser

La tentativa del Ser frente al No-Ser proviene del pensamiento griego, de clara influencia en Antonio Machado, aunque, por otra parte, esta idea dentro del pensamiento cristiano exige un creador, es decir, oposición del Absoluto con la Nada. “Así simboliza Mairena, siguiendo a Martín, la creación divina, por un acto negativo de la divinidad” [Machado, 2006, 707]. Hacia el sistema que constituye el Ser se puede llegar, por ejemplo, a través de la moral como Nietzsche, o de la conciencia como Sartre, siendo vía común para este caso la intuición.

Concurren varios aspectos que reafirman el supuesto de una prefiguración en la filosofía poética machadiana de la base teórica del existencialismo. Si tomamos de *La náusea*, “la existencia no tiene memoria” [Sartre, 2008, 219], observamos como síntesis una igualdad expositiva en la propia razón del Ser. El Ser como resultado del No-Ser, de la Nada, existe en un presente como eclosión de un pasado que a su vez es el origen de un futuro. El presente no es, se hace en la forma de huida, como negación de lo que ya no es y como existencia de lo que todavía no es. Es decir, en palabras machadianas: El hoy es siempre todavía. Pero nada de ello, como observa el protagonista de *La náusea*, Antoine Roquentin, en su contemplación del árbol, tiene características de la materia original. Esta idea tiene relación con lo que Antonio Machado explicará sobre materia, mutabilidad y sustancia, así como en *La náusea* las cosas se desembarazan de sus nombres.

Sartre, preguntándose por el origen de la Nada, concluye que para la negación es necesario que el No-Ser sea una presencia perpetua en nosotros y fuera de nosotros, como ya hemos visto en forma de huida. Machado ya lo entendió previamente con perpetuidad, pero con la peculiaridad de que la No-Existencia machadiana la suponemos no en huida, sino en tránsito como la existencia se define igualmente en tránsito por espacio y tiempo. “El mundo surge ante el hombre como una negación” [Nieto Cánovas, 1999, 26] y Pablo Neruda en *Plenos poderes* toma conciencia de ello en ese sueño que es vivir inconscientemente a tu propia existencia, como si de dormir se tratara: “Así pues de no ser estoy compuesto” [Neruda, 2005, 1108].

Juan Ramón Jiménez comprendió la filosofía de Antonio Machado y la expuso en su artículo “Antonio Machado” con motivo de *Españoles de tres mundos*. Le denominó “poeta de la muerte” porque “tuvo siempre tanto de muerto como de vivo” [Jiménez, 2005, 513]. Juan Ramón entendió de Machado la consciencia del vivir como paso, como tránsito, transformación de la materia, al igual que la palabra, que requiere en poesía el camino de la sustancia. Esa es la vida en Machado, un irreal que se origina de la nada hacia la irreductible venganza del tiempo, y por ende, del espacio. Una vida que aguarda la muerte como único punto de igualación entre No-Ser y Ser, o en palabras de Neruda: “así lo que en la muerte me rodea abre en mí la ventana de la vida” [Neruda, 2005, 1108].

"Vivir es pasar, y la vida está constituida por la sucesión de posturas que adoptamos en espera de la muerte" [Gullón, 1970, 157]. Y en ese vivir, como dice Ricardo Gullón, Antonio Machado consigue abrir las puertas del tiempo reviviendo en el presente el pasado de forma que las plazas, fuentes y demás objetos aparezcan en movimiento. "Al aplicarse al paisaje de la meseta castellana, el impulso de cambio constante corresponde a los ríos, frente a la permanencia y la inmovilidad inherentes en las montañas y los llanos, mientras el yo individual se siente dividido e inconcluso entre los dos" [Ribbans G., 2005, 172]. Y mientras tanto, el ser humano "con la copa de sombra bien colmada" [Machado, 2006, 716], es decir, de No-Ser, sobrevive, como dijo Neruda, nuevamente en *Plenos poderes*, sintiendo para sí mismo que "no me canso de ser y no ser" [Neruda, 2005, 1108]. Así, "el gran ojo que todo lo ve al verse a sí mismo" [Machado, 2006, 716] abandona la existencia vana hacia el gran compromiso por el que opta "el poeta del tiempo", Antonio Machado, la conciencia:

"Todo a esta luz de Abril se transparenta;
todo en el hoy de ayer, el Todavía
que en sus maduras horas
el tiempo canta y cuenta,
se funde en una sola melodía,
que es un coro de tardes y de auroras";
(*Canciones a Guiomar*)
[Machado, 2006, 729]

Manuel Valero Gómez

Bibliografía

Abellán, J.L., *EL filósofo Antonio Machado*, Pre-Textos, Valencia, 1995

Cernuda L., *Obra completa Volumen I*II, edición a cargo de Derek Harris y Luis Maristany, Siruela, Madrid, 1994

De Luis, Leopoldo, *Antonio Machado, ejemplo y lección*, Fundación Banco Exterior, Madrid, 1988

Domenech, Jordi (coordinador), *Hoy es siempre todavía*, Curso Internacional sobre Antonio Machado, Córdoba, 7-11 de noviembre de 2005, Ayuntamiento de Córdoba, Renacimiento, 2006

Gullón R., *Una poética para Antonio Machado*, Gredos, Madrid, 1970

— *Espacios poéticos de Antonio Machado*, Fundación Juan March/ Cátedra, Madrid, 1987

Jiménez J.R., *La corriente infinita (crítica y evocación)*, Aguilar, Madrid, 1961

— *Españoles de tres mundos* 495-550 en *Obras selectas I*, RBA, Madrid, 2005

López Castro, Armando, *Un canto de frontera. Escritos sobre Antonio Machado*, Devenir, Madrid, 2006

Machado Antonio, *Obras Completas I*, RBA, Barcelona, 2006

— *Obras Completas II*, RBA, Barcelona, 2006

— *De un Cancionero apócrifo* (1924-1936) pág. 670- 737 en *Obras Completas I*, RBA, Barcelona, 2006

"Arias Tristes de Juan Ramón Jiménez", 1469-1472 en *Obras Completas II*, RBA, Barcelona, 2006

— "Poética" (1932) 1802-1803 en *Obras Completas II*, RBA, Barcelona, 2006

Neruda P., *Obras completas II*, RBA, Madrid, 2005

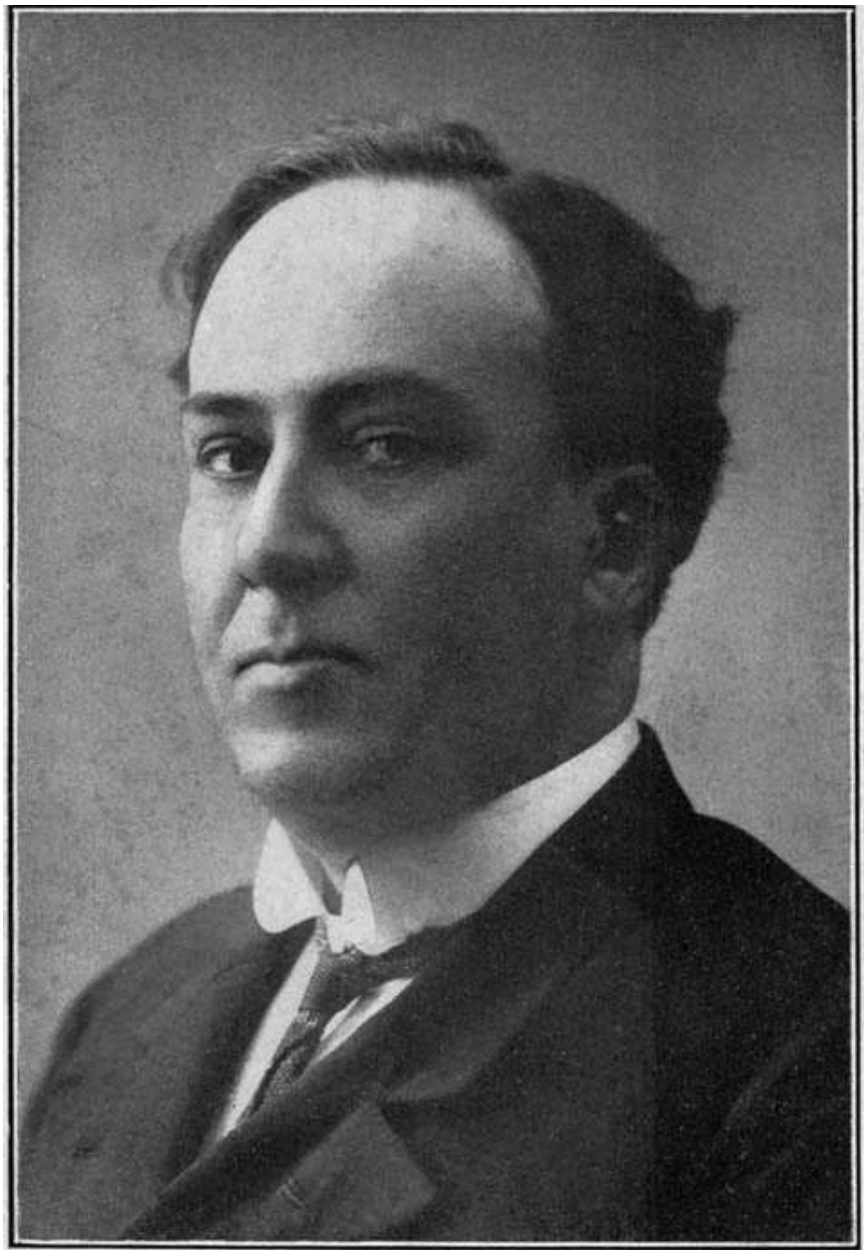
— *Plenos poderes*, 1059-1108 en *Obras completas II*, RBA, Madrid, 2005

Nieto Cánovas C., *Sartre (1905-1980)*, Ediciones del orto, Madrid, 1999

Ribbans, Geoffrey, "Antonio Machado: de los paisajes del alma al alma del paisaje" págs 139-172 Domenech, Jordi (coordinador), *Hoy es siempre todavía*, Curso Internacional sobre Antonio Machado, Córdoba, 7-11 de noviembre de 2005, Ayuntamiento de Córdoba, Renacimiento, 2006

Richmond Ellis R., "Abel Martín y la teología negativa" págs. 498- 513 en Domenech, Jordi (coordinador), *Hoy es siempre todavía*, Curso Internacional sobre Antonio Machado, Córdoba, 7-11 de noviembre de 2005, Ayuntamiento de Córdoba, Renacimiento, 2006

Sartre J.P., *La náusea*, Traducción de Aurora Bernárdez, Losada, Buenos Aires, 2008
Valverde J.M., *Antonio Machado*, Siglo XXI, Madrid, 1975
VV.AA. *Antonio Machado hoy: Actas del Congreso Internacional conmemorativo del cincuentenario de la muerte de Antonio Machado*, Alfar, Sevilla, 1989
Zaragoza Such, Francisco, *Lectura ética de Antonio Machado*, Editora Regional de Murcia, Murcia, 1982
Zubiria, Ramón de, *La poesía de Antonio Machado*, Gredos, Madrid, 1955



La sangre

inextinguible

En esta tarde-noche en la que escribo
la sangre está inundando los siglos y las calles,
desde muy lejos viene hasta la puerta misma
de la que hoy es mi casa en la ciudad del luto,
del sufrimiento ingente que rompe las fronteras
y hasta mi llega su cabeza hirsuta
para que lo acaricie, para que pueda así
poner mi mano tibia sobre su llaga inmensa.

En esta tarde noche quiero llorar con ojos
que han dejado, de pronto, de mirar a las flores,
que ven sólo paredes destruidas,
lugares que la vida abandonó de pronto,
en ellas se refugian,
no tienen otro espacio
que el que quedó prendido
en otros horizontes, tan lejos y tan yertos.

Así mi soledad se me acrecienta
y sólo me acompañan espantos y desdichas,
y es la hecatombe ingente
la que siempre me cerca.

No quiero más perfumes que el olor de la muerte,
ni crepúsculos otros que los definitivos,
los que me están cercando
cuando estos versos crecen.

Manuel Parra Pozuelo

Poema
Visual

Árbol y acueducto

Francisco Camuñas

ARTE

Y FUEGO

HOMENAJE

EL ARTE EFÍMERO
(Sobre la pasión de un joven por el Arte y el fuego)

A Roberto Chorro Torregrosa, joven artista de hogueras.

I

De tu vida, aún tan breve, poco puedo escribir, pero sí de tus milagros.

Tus milagros son múltiples. Todo tú ¿acaso no eres un milagro más de la Creación?

Ya muy chiquito prometías un futuro entre colores y ascuas. Enseguida, cuando apenas tenías diez años vi que te acompañaba el duendecillo del fuego. Ya sabes que soy un poco brujilda y a menudo percibo misteriosas presencias en el silbo del aire; en la punta de grafito de tu lapicero percibí las figuras que ya te bailaban dentro. Son cosas inefables.

Rememoré con tu madre y contigo, hace unos días, la aventura callejera de tu primera hoguera… Apenas diez años tenías; la primera, digo, que se quemó delante de tus vecinos del barrio, en plena calle. Antes habías construido otras, pequeñitas y sencillas, pero aquella fue la que diste al primer fuego de todas las miradas. Quedó inmortalizada en la cinta de video. La traca, perfecta, prendió súbitamente y consumió entera su rústica materia (papel y cartón engrudados seguramente) con lenguas anaranjadas.

Pues de entonces a ahora, ha llovido por las rúas de Alicante y te has hecho un hombre. Han ido saliendo de ti las figuras que guardabas dentro; deslizándose por la punta del grafito, persiguiendo a los colores, han descendido al estatus de las formas concretas.

Al taller donde trabajas me condujiste un día y pude verlo todo; aquel mundo tan tuyo que prometías de barros y moldes arrumbados en el patio, silenciosos ya, huecos, vacíos y mudos, sugiriendo un pasado que se me antojó remoto, el batiburrillo de materiales dispersos; humildes se me antojaron su origen y factura; humilde, extraordinario el ingenio; todo tan artesano, tan mimado, tan trabajado con las manos. Descubrí el contramundo en negativo de lo que un día fue creado y consumido.

Había, en contrahueco, enormes fragmentos de figuras también sembradas sobre la tierra, que asemejaban monstruos con miembros amputados; luego, por arte de magia, ensambladas, resucitadas en un acto de poder supremo, se tornan monumentales criaturas, aunque ligeras y estilizadas.

¡Y todo ello para entregarlo a Agni, divinidad del fuego! Al fuego de un instante el ingenio creativo, al fuego las horas de mimo exquisito en las tareas, al fuego de unos minutos la madera medida y calibrada, los engrudos artesanos, al fuego tripas y entresijos, el gesto grotesco, el bermellón, el añil, el dorado.

De ese festín de la llama yo no entiendo los porqués, ni me preocupan los motivos que conducen hoy a tales eventos, otrora paganos. Yo sólo percibo la belleza devorada, la inquietante brevedad de la existencia. ¡Algo sagrado, algo sumido en la memoria del tiempo! Decir un arte efímero es decir casi un anti-arte, pues es atributo del arte perdurar en las formas, cualquiera que sea su soporte, onda o partícula, solidez o liviandad, palabra o suspiro, mano, ojo, voz. ¡Todo al fuego, todo a la vibración de la luz, a la eternidad de la no-existencia!

Hay un Eros y un Tánatos cuando estalla el fuego en la osadía del rojo y se eleva perfilando la negra silueta de las esculturas; un júbilo del amarillo, pálpitos del verde en la entraña de la llama anaranjada. Hay una vida espléndida de formas y de gestos, de burlas y parodias, de críticas y cuentos; hay una muerte acechando dentro, que se conoce, que se sabe que vendrá, tarde o temprano, como la existencia humana, corta, intensa, ineludible.

II

Te hablaré brevemente, Rober, de otros pueblos y otras culturas refinadas que también hacen un Arte Efímero. Lo hacen de polvo, arena, para el viento, no para el fuego, pero en suma, da lo mismo, lo hacen para saludar a la belleza, a la armonía, como un recordatorio a la brevedad de la vida. Estos pueblos llaman mandalas a esas obras de arte y viven en lugares muy elevados, en el techo del mundo. En tanto, nosotros ribereños, habitamos en el Mar Mediterráneo, cuna de pueblos y culturas ancestrales, lugar primordial en el centro de la tierra. Acaso nosotros somos fuego/partículas y ellos son viento/ondas.

Aquí dejo para ti un mensaje descifrado, en verso, como si fuera una mujer sabia y anciana, para que siempre anide en tu pecho y se transforme en un ave fénix de alto vuelo y ardientes alas.

Solamente al hombre le es dado el Arte
porque únicamente el hombre transforma
con todos sus sentidos
ojos, bocas, manos, olfatos, miradas
caricias, sabores.
Se transforma a sí mismo
se mejora, se construye.

Tal es su mérito, su grandeza.

El arte es extenderse en el espacio, en el tiempo
soportar sus avatares y caprichos…
pervivir en su grandeza.
Solamente el propio hombre deshace y destruye
en el transcurrir del tiempo, lo que el hombre creó
terrible privilegio que hace a los hombres, hombres.

Tal es su mérito, su grandeza.

Mercedes Rodríguez García-Olías

El prometeico don

Cuando el hombre y su mano
alumbraron el fuego
y la ígnea combustión
comenzó a su albedrío
fue su hogar un espacio
que se llenó de lumbres,
y no fueron las noches
los reinos de lo oscuro,
y el mundo fue más claro,
menos terrible y frío.

Olimpiadas y dioses
tuvieron un cortejo
de inextinguibles lumbres,
crepitando incesantes,
ardiendo y consumiéndose,
cual corazón que riega
el cuerpo donde habita
y en sueños y en vigilias
sabe que, transportando
la sangre que lo riega,
es quien lleva su aliento
a su extensión completa,
porque si se apagase
todo sería silencio
y las silentes sombras
se adueñarían de aquel
cuyo latir cesase.

Por eso, desde entonces,
desde que el hombre supo
domesticar al fuego
y Prometeo entregase
su rayo a nuestra especie,
él es su compañero inseparable,
y fuego y vida son
dos ámbitos del hombre:
de un corazón que late
y en el hogar se acoge
mostrando y descubriendo
su abyección y su gloria,
puesto que sin piedad
constituyó la pira
en que otros hombres fueron
condenados a arder,
a que su vida fuese
consumida y quemada
como otro leño más

que alimentase al fuego,
y él también ilumina
al amor en la noche,
y permite al amante
divisar ese rostro
que dibujado tiene,
muy dentro de su pecho,
sin que puedan las llamas
exterminar las médulas
de los que tanto amasen,
aunque en blancas cenizas
el tiempo las convierta

Manuel Parra Pozuelo

Al fuego

Porque, a través del fuego, se pueden ver las cosas,
el corazón se llena de ardientes claridades,
y sabe los misterios de las inmensidades:
que allá, en los más profundo, hay cosas misteriosas.

Que en luminosas tardes y en noches prodigiosas
nos deslumbran los sueños y anhelos y verdades.
Por el fuego y el juego son las eternidades,
y son las realidades de amor maravillosas.

Que el fuego primitivo nuestra atención reclama,
nos convoca a un encuentro de pasión con la Vida,
con las cosas hermosas y, aunque ignoradas, bellas.

A ver si nos perdemos en su hondura, en su llama,
y el alma se nos pone deslumbrada, encendida,
como parte que somos de las altas estrellas.

Francisco Alonso Ruiz

Las cenizas

*A **Tolo***

Universo del gris arrebolado
es un amanecer entre cenizas.

Mirad a las cenizas eclipsadas,
relajante su gris hipnotizado.
Bailad sobre la noche enamorada,
abierta a la pasión de su sueño encarnado.

Escuchad las cenizas, oíd su grito,
están hablando de fuego y de palmeras.
Sentid a las cenizas en su rito,
en su afán de incinerar las primaveras.

Danzad con las cenizas encendidas,
sacadlas a bailar al festín brujo.
Cogedlas con pasión por la cintura.
La luna ya os ha envuelto con su influjo,
inundando de luz vuestra figura.

Escampad las cenizas con las manos,
embriagad de calor vuestros lúdicos dedos
haciéndolas volar en la luz de la aurora.
Confundid en el cielo sus colores rosados,
despedid con amor a la luna que llora.

Despiertan las cenizas de su sueño,
tras noche de magia arabesca y gitana,
el coloso de piedra sigue en su castillo
persiguiendo a la hembra musulmana
y las últimas brasas de los pinos
molestan en los ojos de su pétrea cara.
"Descansa en tu cabeza, emir de roca,
el beso enamorado de la ceniza roja"

Reposan entre el sol las cenizas marchitas,
agotadas, tranquilas, destrozadas y frías.
Se despiden del fuego, que las llama la brisa.
Y se marchan volando con grisácea sonrisa.
Y suspiran al viento.
Y saludan cansadas a la luz que las guía.

Y suspiran mis labios, apagando mi risa,
murmurando en silencio, adormilados:
¡Quién pudiera danzar eternamente
en pos de las cenizas mortecinas!

Universo del gris arrebolado
es un amanecer entre cenizas.

María José Arques Cano

Canto al fuego

Llamas purificadoras de las noches brujas
danzantes almiares en el baile azul
quemad las insidias de todos los antros,
borrad las nubes que ocultan la luz.
Llamas purificadoras acudid al convite
de los seres puros, que delatan dolidos
el holocausto de su extinción.
Venid llamas, sin engaños, ni burlas,
crepitad airadas el impío mundo,
navegad llevando luz, al cosmos glacial.
Lanzad vuestras lenguas ardientes, profundas,
que laven las lacras de perversidad.

Venid, fuego de tantos volcanes
de bocas agrietadas por lava mortal.
Venid, llevaos los males, traed panes y flores
a los peregrinos de la libertad.
Fuego deflagrador de riñas, en arcaicos años,
sea hoy piedad, que cure el dolor
de los caminantes de toda la tierra
errantes perdidos en su aflicción.

Noche del fuego que celebramos hoy,
hundid en abismos extraterrenales
aquelarres de brujas, bacos excitados,
dionisios de orgías, íncubos de mujeres,
hacedlos desaparecer.
Solsticios propicios, dad cosechas y frutos,
apolos y vírgenes, derrochad amor,
que reine con el amanecer del día
la aurora naciente con nuevo esplendor.

Adiós sombras, diabólicas trampas,
dejad los caminos de vuestra maldad.
Tomemos las manos en apretado puño,
cantemos unidos alrededor del fuego,
dancemos alegres, hasta que salga el sol,
el sol que abraza a todos los pueblos
pueblos que sufren discriminación.

!Cantemos, bailemos¡...
Cantemos, bailemos, al son del tambor.

Airam Lebasi

Las llamas del pasado

Danzan y danzan las recatadas llamas del pasado
sobre un volcán de violetas y sombras,
que fluyen a mi mente, en el recuerdo
de trenes reventados y vías destruidas.

No importa el tiempo que haya muerto,
porque aún siguen las lágrimas encendidas
de aquellos ojos quemados por el fuego,
de aquellos cuerpos, de aquellas vidas.

Danzan y danzan las recatadas llamas del pasado
en un presente de raíces heridas
que anhelan ser aureola del futuro,
de un mañana impregnado de almas.

Lucía Espín

FÁBULA DE LA CIUDAD ESCRITA

Un día llegué a la Ciudad Escrita. Había estado mucho antes en otras ciudades: la Cuidad Pintada, la Ciudad de la Memoria y el Olvido, la Ciudad del Placer.

El centro exacto geométrico de la Cuidad Escrita era la Biblioteca.

La biblioteca tenía, según yo la recuerdo, diferentes puertas: la puerta de los Signos, la puerta de las Letras Infinitas, o la de las Palabras Inmortales.

Cada puerta, súpose en mi juventud, que correspondía a diversos conocimientos y artes o diseños, pero más tarde comprendí que estaba equivocado. En la realidad todas las puertas nos elevaban al Taller del Tipógrafo Sublime, quien componía, desde hacía varios siglos, los efímeros libros.

Una vez impresos los Libros Mágicos ascendían hasta el poder del Gran Bibliotecario Eterno. Era quien los recogía y los catalogaba y ordenaba en las diversas estanterías y anaqueles o archivos.

Intuí que había sido así desde la Fundación de la Ciudad Escrita y la creación de la Biblioteca.

Pero cuando llegué ya el Olvido, la Ignorancia o la Incultura estaban destruyendo con sus virus y carcomas terribles la perfección de los textos, o su vigor, su belleza, su gracia o su exactitud.

Libros únicos, códices, legajos o pergaminos se desgastaban, se deshacían, en la Biblioteca de la Ciudad Escrita.

Por otra parte el excelso Tipógrafo y el gran Bibliotecario comenzaban a perder su Eternidad, y envejecían a mayor velocidad que los hermosos escritos y poemas o dibujos.

El Tribunal de los Hombres Sabios había creado entonces, dentro de la Biblioteca, el Departamento de los Artistas que no Olvidaban. Eran diversos los oficios, las artes, las ciencias: el Fabulador de las Historias, el Recordador de los Tiempos Antiguos, el Creador de las Rimas y los Sonetos, el Pensador de Teorías y Conocimientos.

Así fue como renació la Ciudad Escrita y cómo fue famosa su Biblioteca hasta el tiempo de hoy cuando termino y acabo esta crónica.

Francisco Alonso Ruiz

Felicidad,
locuela

No quieras engañarme con sonrisas viejas
ni envolverme en canciones gestas,
ya sé felicidad que eres quimera.
Pero al menos existe la alegría,
alegrías grandes y alegrías chicas
como existe el dolor grande y el dolor pequeño.
Yo sé que alegría es labios del hombre amado
orgasmo de los cuerpos que se entienden
se buscan y se encuentran.
Ya sé que alegría es la carne perfumada de los niños
la primera palabra, el primer dientecillo
el tibio roce de su brazo ciñéndote el cuello
el primer paso, la boquita jugosa pidiéndote el beso
su boquita hambrienta buscándote el pecho.
Yo sé que alegría es el rostro del querido amigo
caminante de senderos de la vida,
recordar el semblante de la amiga aquella
que derivó su vida de la tuya y ver las huellas
del amor a su cara aún prendidas.
Ya sé que alegría es tener el pan honrado en tu mesa
y desear que no falte en mesa alguna.
No puedes ya enredarme en tus tretas locas
Felicidad tontuela ¿a quién vas a engañar
si no a los niños con la fe recién parida?
Yo sé que alegría es la obra acabada con mimo
la labor que deseas realizar perfecta
y perfecta la culminas.
Ya sé que alegría es el compañero
que lee en el corazón más allá de las palabras.
Alegría es una carcajada tejida
cuando te duele el alma, cuando una mano
te rescata del tedio y de la envidia.
Yo sé que alegría es la furtiva mirada en el espejo
donde se va reflejando la primavera
el verano y el otoño de la vida
donde descubres la blancura de una cana
asomando tímida en una esquina del rostro.
Y mirada fiera cuando te roza un egoísmo
o una maldad te alcanza y te mancilla.

¡Ah, Felicidad locuela!
No me vengas con trucos gastados,
porque yo sé que existe la alegría
la alegría más prístina
y la amargura más espléndida.
Alegría es ser mujer, ser compañera
ser amiga, y ser más loca que tú,
Felicidad locuela.

Mercedes Rodríguez García-Olías

Mira,
aunque todo el universo corra
para no encontrarse.
Danza,
aunque la muerte cace
la sombra de tus alas.
Crece.
¡Ten vuelos de esperanza¡
Salta
sobre el fuego absolutorio
quebrantando el odio,
uniendo toda mano
a toda raza.
Propágate
en el viento que te ansia
y no podrán dormir
tus ojos sin fronteras
y no sabrán parar
tu paso generoso
y no hallarán tu noche
sin un sueño
y no hambrearan tu alma
los despojos.
Ama,
y no dejes de hacerlo
aunque te aflija,
aunque broten
felonías de la tierra,
aunque el mundo sea un dolor,
lleno de ramas.
Tú sólo AMA, AMA, AMA.

Julia Díaz Climent

BUSCANDO LIBERTAD

No le gustaban los compromisos, pero ante la insistencia de su padre, embajador de Torlonia, decidió tomarse un año sabático. Pensó que sería tiempo suficiente para descubrir a qué actividad dedicaría su holgada existencia.

Ante todo, se dijo, debería ser algo de carácter libre, que permitiera aflorar hasta sus facetas más desconocidas y se le ocurrió ser pintor. Era un trabajo sin horarios, las musas no llevan reloj, pensaba. Claro que con ese razonamiento también podría dedicarse a escribir o a componer música.

Comenzó a pintar; los paisajes le motivaban, pero aún así no conseguía trasladar al lienzo la belleza en libertad. Por más colores brillantes que empleaba, era como intentar meter el murmullo del agua de un manantial en una botella.

¿Y el desnudo?, ese tipo de pintura por fuerza dejaría ver todo su contenido en libertad. Más no tardó en darse cuenta de que plasmar los cuerpos desprovistos de ropa resultaba fácil, mientras que el enigma que encerraban le era imposible de atrapar. Así, llegó a la conclusión de que la pintura no era para él. Sentía que cualquier objeto al ser pintado perdía su libertad.

Y decidió seguir fluyendo. Claro, se dijo, si me dedico a escribir novelas o a componer sinfonías me va a pasar lo mismo. En definitiva sería atrapar en el papel palabras o notas musicales.

“No, no, quiero algo libre“.

Se colocó el disfraz de trotamundos y con el dinero que puntualmente recibía de sus padres, fue libre recorriendo países exóticos. Los seres más independientes que encontró vivían en la selva amazónica, eso sí, no disponían de ninguna de las comodidades que él conocía. Que vida tan dura, pensó.

“En fin, tanta, tanta libertad tampoco me gusta”.

Los meses corrían y seguía sin una decisión sobre su futuro, pero se dio cuenta de que la vida en el campo le atraía y que los animales resultaban seres bastante libres. Así pues y de nuevo con el dinero de sus padres, montó una granja. Trabajar al aire libre con el horario del sol le parecía romántico. Gallos y gallinas lo despertaban cada mañana recordándole la cantidad de trabajos que tenía por hacer. Al cabo de poco tiempo, los madrugones y el dolor de espalda le hicieron desistir. Abandonó.

Su año sabático, en el que creía que dejarse fluir sería suficiente para encontrar el camino a sí mismo, tocó a su fin. Con la maleta llena de experiencias y ninguna conclusión volvió a casa. Fue al encontrarse de nuevo en el ambiente diplomático cuando tomo la decisión de qué hacer con su vida.

Que el mayordomo le sirviera el desayuno en la cama y le preparara el baño no era tan desagradable. Ir a la ópera tampoco le disgustaba y si de vez en cuando tenía que hacer algún crucero de placer con los amigos, se sacrificaría. También estaba dispuesto a esforzarse en asistir a las fiestas de la embajada. Y qué remedio, se vería obligado a cortejar a las jóvenes más adineradas de la alta sociedad.

Por fin tenía una respuesta para su padre: Había decidido ser “Hijo del embajador”, una profesión que exigía gran dedicación, pero al fin y al cabo era para lo que había sido educado. Estaba seguro de que la desempeñaría con gran soltura.

Tan solo una duda lo contrariaba, ¿Dónde quedaba la libertad que a lo largo de doce meses persiguiera en su vuelta al mundo?... Pero enseguida halló contestación: “Con toda seguridad se encontraba en la Amazonía, después de todo, aquellas pobres gentes era lo único que tenían.”

Isabel Lozano Martínez

Ilustración “Garzas volando” de *Francisco Camuñas*

Amor al orbe

La adoración del ser humano hacia la tierra,
el ardor por los verdes, ocres, pardos campos,
la pasión hacia los aguerridos mares
promueve las creaciones de artistas y poetas.
El orbe nos muestra, en su magnificencia,
la exacta plenitud, la perfección extrema.
En su latir viviente, la historia del planeta
escribe alegorías de exactitud perfecta
que cuentan sinalefas de pistilos y savia.
No existe parangón con nada tan hermoso
ni hay belleza que pueda compararse
con la contemplación absorta de una planta
mientras evoluciona hacia las estrellas.
El enigma del ser, su misteriosa esencia.
El secreto del agua, donde estalla la vida.
La verdad de la fuerza primigenia
donde la nada perdió su insulso nombre
atemoriza y duele por su rotunda magia,
por el poder inmenso que esconde cada espora.

María José Arques Cano

EL VECINO DEL BAJO

Gonzalo, el vecino del 4º derecha del número 13 de la calle de la Esperanza, estaba inquieto por no haber visto en todo el día al señor Anselmo, el viejo inquilino del bajo del mismo edificio. Aquel día había llamado a su puerta en tres ocasiones, sin obtener respuesta. Gonzalo se reprochó no haber estado más atento y, aunque eran más de las doce de la noche, se dispuso a intentarlo de nuevo. Necesitaba saber si se encontraba bien.

El señor Anselmo vivía solo desde la muerte de su mujer, iba para tres años; no tenía hijos ni se le conocían parientes. Por eso, Gonzalo, dado su natural bondadoso y en respuesta a antiguos favores recibidos, se había impuesto la obligación de velar por él. “Quien no es agradecido, no es bien nacido”, le decía a veces su madre, una mujer sencilla y con sentido común, y Gonzalo nunca olvidó sus palabras.

Aunque la desgracia en los negocios le perseguía desde hacía tiempo, fue a partir de la muerte de su esposa cuando el señor Anselmo se había desmejorado más, y no sólo físicamente. Aquel anciano alto, de pelo blanco y aspecto distinguido, se transformó en un viejo encorvado de andar vacilante necesitado de bastón. Las arrugas socavaron su rostro dibujando sin piedad en él los estragos de los años, y sus manos, ya algo temblorosas, parecían anunciar la cercanía del parkinson. Los cambios psíquicos eran más profundos. Desconfiado y receloso, no permitía a nadie entrar a su casa y no hablaba con ningún vecino a excepción de Gonzalo; pero sus conversaciones, cada vez más cortas, se desarrollaban en el descansillo de la escalera. Incluso había quien aseguraba haberle visto hablar solo.

Gonzalo aprovechó que su mujer dormía para no darle explicaciones, porque ella no simpatizaba con Anselmo por negar a su esposo, un hombre tan bueno, la entrada a su casa. El televisor seguía transmitiendo el concurso gastronómico con el que llevaban dos días dando la tabarra y ofreciendo las recetas más disparatadas; el joven lo apagó y salió

Al llegar abajo, llamó de nuevo; insistió varias veces pero no tuvo respuesta. Su inquietud fue en aumento hasta el extremo de hacer algo que jamás hubiera imaginado. Abrió la ventana de la escalera, saltó al patio interior cuyo aroma a sumidero estuvo a punto de marearlo, y empujó la ventana de la cocina de Anselmo. Tuvo suerte, pues cedió al primer intento y pudo entrar en la casa sin más obstáculos. El olor rancio reinante en el aire estancado de la vivienda se mezcló con el del sumidero, y algunas cucarachas despavoridas huyeron a esconderse cuando encendió la luz. Gonzalo llamó a gritos al señor Anselmo y como en los intentos anteriores nadie respondió. Avanzó por el estrecho pasillo apenas iluminado por una bombilla solitaria y le pareció oír voces lejanas. Ya se sabe cuán largos son los pasillos de las casas antiguas. Cuando llegó al comedor, casi vacío de muebles, comprobó que las voces provenían del televisor encendido dando vueltas al dichoso concurso culinario, pero de Anselmo, ni rastro.

* * *

No sé qué hago aquí, ni recuerdo qué me ha pasado. Me duele tanto la cabeza y estoy tan cansado que me cuesta respirar. Esta habitación en penumbra parece ser la de un hospital, pero, por qué y cómo he llegado hasta aquí. Si estuviera Adela todo sería distinto, ella siempre facilitaba las cosas. Me explicaría lo que pasa. Mi cabeza no para de dar vueltas. Hace un rato ha venido una señorita vestida de blanco, una enfermera, supongo, y me ha inyectado algo que dice me va a mejorar mucho. Debe de ser verdad porque me está entrando un sopor muy dulce... muy dulce... Ahora

Adela se acerca a mí, sonriente, cariñosa y joven... Yo también soy joven... Vamos cogidos de la mano paseando por un jardín... Creo que es primavera, porque está lleno de flores... ¡Qué emoción sentir su mano en la mía después de tanto tiempo…! ¡Cómo brilla el sol! No sé si es el momento de hablar a Adela de la pasión que se ha despertado en mí por la escritura... Tengo tantas ganas de decírselo... ¿Qué pensará cuando se lo diga?

-Me sorprendes, Anselmo, lo único que se te ocurre, a pesar de tu estado, es preguntarte qué pensaría Adela si se enterara de que a estas alturas has descubierto tu verdadera vocación en la literatura. Deberías saberlo: ella te comprendería y alentaría.

No sé si estoy pensando en alto o si esa voz que me habla es la del "hombre que siempre va conmigo", como dijo el poeta. Ahora está a vueltas con mis aficiones literarias y con no sé qué de Adela. Estoy tan confuso... Aunque no sé quién es le contestaré. Parece conocerme tan bien…

-Dudo de si podré cumplir esta ilusión, pero quisiera escribir algo hermoso, se lo dedicaría a ella y a nuestro amor. Por eso empleo tantas horas intentándolo. Leo los libros como si fueran extensas cartas dirigidas exclusivamente a mí por amigos entrañables a los que nunca pude estrechar la mano, pero de cuyos consejos tanto aprendo. Es extraño, pero con los años han crecido mis ganas de aprender. ¿Qué te parece?

-Las ganas de aprender son buena cosa, pero lo más importante de esta pasión tardía es que te ayuda a soportar la existencia. Estás pasando una racha muy mala y muy larga, Anselmo, y no encuentras manera de salir de ella, sólo te alivia escribir... ¡Te has quedado tan solo!

-Sí, solo, muy solo. Hasta el Caruso que me alegraba la vida con sus trinos, ha desaparecido de mi vida... Hay qué ver cómo me lo encontré aquella mañana, estirado y tieso como la mojama en el suelo de la jaula. ¡Pobre Caruso, con lo bien que cantaba...! Todo por mi culpa; ¡mira qué olvidarme de ponerle el alpiste y el agua...! ¡Con lo que lo quería Adela!

-¡Por Dios, Anselmo, no te mortifiques más ni le des más vueltas al asunto! Ya no tiene remedio... Te quejas de tu soledad, pero no haces nada para paliarla. Sin ir más lejos: ¡hay que ver cómo te portas con Gonzalo que está siempre pendiente de ti! Charláis de vez en cuando, pero lo mantienes a raya. Él nunca olvida que consiguió el empleo del que aún vive, gracias a tu ayuda. ¡Es una amistad tan antigua!, de cuando era un muchacho y tú un hombre maduro y bien situado. Con sus padres mantenías un educado y distante trato, porque siempre has sido muy introvertido y tímido, sobre todo, tímido, y huías de las relaciones con los vecinos en aquellos tiempos en que se conocían todos; por eso hacían sobre tu comportamiento juicios equivocados.

-Es que yo, miembro de una familia burguesa venida a menos, no me encontraba cómodo ni sabía cómo tratar a esas personas tan distintas a las que siempre conocí, pero de orgulloso, nada. Deberías saberlo. Adela era más comunicativa, más afable, más campechana. Se adaptaba mejor a las circunstancias. Conversaba mucho con los padres de Gonzalo; se interesaba a menudo por los progresos del chico en los estudios; se ofrecía para ayudar en lo que la necesitaran, e igualmente ellos correspondían con aprecio sincero, siempre serviciales y atentos, echándonos una mano si la ocasión lo requería. Nos ayudaron mucho cuando tuvimos que trasladarnos al piso de abajo, porque Adela ya no podía subir la escalera...

-Estas casas antiguas son grandes y céntricas, pero sin ascensor; es la pega que tienen. Otra, la humedad de las plantas bajas. Tú no lo pensaste entonces, pero, más pronto o más tarde, trepa por las paredes. A veces, quizás por la soledad o por tu fantasía de escritor incipiente, te parece ver en sus manchas, caras, siluetas de personas, animales, árboles, ojos avizores que te espían y hasta monstruos. ¿No estarás perdiendo la chaveta, Anselmo?

De la economía, qué te voy a decir... Poco a poco, la enfermedad de Adela y los negocios fallidos acabaron con tus ahorros. Has vendido los cuadros, los mejores

muebles e incluso el bargueño de tus padres, ¡una reliquia para ti!, porque... cuando la necesidad aprieta...

-Sí, he vendido muchas cosas, todo lo que valía algo. Con algunas se han ido también pedazos de mi vida. Siempre a escondidas intento ocultar mi situación, que nadie se entere; que nadie entre en mi casa y vea en las paredes desnudas las huellas de los muebles y cuadros desaparecidos. ¡Me avergüenza tanto mi pobreza, por no decir miseria! Por eso, cuando algún vecino lo intenta, eludo sus visitas. No franqueo la entrada a mi casa ni a Gonzalo, aunque está en todo momento, bien lo sé, dispuesto a ayudarme. Él no se imagina cómo se lo agradezco, pero el pudor me impide contarle el motivo de mi proceder. ¡El chico pensará que me he vuelto un poco maniático, y no le falta razón! ¡Qué complicada resulta para algunos la existencia!

-En ocasiones te internas por el tortuoso sendero de la memoria esperando encontrar consuelo en el pasado, y sólo vislumbras vagos perfiles danzando entre las sombras. Entonces comprendes que el frío inmisericorde del tiempo ha convertido en un fantasma melancólico los recuerdos, y te sientes aún peor...

-No digas eso. No siempre me pasa lo mismo, porque repaso mi vida y la conciencia en paz refuerza en mi corazón la ilusión renovada, la llama de la esperanza, la confianza en Dios...

-Ahora que por fin tienes un amigo, que has aceptado tener un interlocutor, te vas a sentir mejor. Ya sabes que te hablo de Goyo, otro viejo como tú al que conoces desde hace meses, con quien compartes el banco del parque donde te sientas a descansar de tu paseo diario. Ninguno de los dos sois muy habladores, os ha costado mucho romper el hielo, pero ahora hasta salís a dar una vuelta por la noche. ¿Adónde iréis a esas horas y en invierno? ¡Cuánto bien te ha hecho contarle a alguien tus penas y necesidades...! Como no te ha conocido en tus buenos tiempos ni sabe dónde vives, te ha resultado más fácil hacerlo. También él se ha despachado a gusto. Anselmo, ya lo ves: no eres el único anciano que vive solo y con muchos problemas en esta gran ciudad; hay algunos que, lo que es más triste, a pesar de tener familia están en tus mismas circunstancias. La vida ha cambiado mucho... mucho, Anselmo. Ahora los viejos ni cortamos ni pinchamos. Somos un estorbo en todas partes...

-Cállate ya, por favor. Me estás poniendo peor de lo que estaba. No quiero pensar ni hablar más. Sólo descansar... descansar... Me duele tanto la cabeza. Menos mal que ya viene otra vez la señorita de blanco a inyectarme el calmante... De nuevo me entra ese sopor tan dulce... tan dulce... De nuevo paseo con Adela por ese jardín inundado de sol y cubierto de flores... De nuevo llevábamos nuestras manos enlazadas... ¡Adela, Adela, qué ganas tenía de estar otra vez contigo. Ahora no nos separaremos más...!

* * *

Preocupado por su amigo, Gonzalo acudió a la comisaría. Allí no tenían referencia alguna de un posible accidente donde se hubiera visto involucrada una persona de las características de Anselmo, pero telefonearon a varios hospitales, hasta que encontraron respuesta en el de San José. Allí había ingresado horas antes una persona que podría ser el anciano.

Rápidamente Gonzalo se dirigió al hospital que no estaba lejos. Un hospital grande es todo un mundo y las obligaciones se reparten entre muchas personas, por eso tuvo que dar varias vueltas y hablar con varios empleados antes de averiguar el paradero de Anselmo. El anciano estaba en la UVI, inconsciente, con la cabeza vendada y enchufado a varios aparatos. Los ATS vigilaban constantemente al enfermo comprobando los datos facilitados por las máquinas, atentos a cualquier alteración que pudiera surgir. El pronóstico era reservado, y las esperanzas, pocas. Había sufrido una caída muy violenta, se había fracturado la cadera y abierto una brecha en la cabeza. Esta información se la facilitó un doctor, pero no supo decirle dónde y cómo había

sucedido el accidente. Sólo pudo ver a su amigo a través de una ventana, porque a la UVI no pueden entrar las visitas más que a horas determinadas.

Gonzalo, después de telefonear a su mujer y comunicarle lo que pasaba, se acomodó resignado en la sala de espera dispuesto a pasar allí el resto de la noche. Estaba solo, a excepción de un hombre mayor que parecía muy afectado. Al rato, y a pesar de los carteles pidiendo silencio distribuidos por las paredes, comenzaron a hablar. Poco después comprendieron que esperaban noticias de la misma persona, pues los datos y las peculiaridades del enfermo coincidían. Así supo Gonzalo que el hombre se llamaba Goyo; que había hecho amistad con Anselmo por verse ambos a diario en el parque, y que estaba tan solo y sin posibles como él; que se intercambiaban confidencias y se confiaban sus problemas; que desde hacía meses, iban por la noche al mejor supermercado de la ciudad a recoger los alimentos con los que subsistían del contenedor de los géneros caducados y de las hortalizas, verduras y frutas desechados que sacaban diariamente del establecimiento; que el accidente se origino tras una discusión que tuvo con un desconocido por defender un bloque de yogures que había logrado atrapar y que el otro quería arrebatarle; que Anselmo resbaló y cayó al suelo con tal fuerza que comenzó a sangrar y los empleados del establecimiento llamaron al servicio de urgencias; que llegó la ambulancia y los sanitarios le permitieron acompañar a su amigo al hospital; que le habían ingresado en la UVI y que allí estaba él, Goyo, esperando inquieto las noticias sobre su amigo, pues el pronóstico médico era poco esperanzador.

Avanzada la madrugada se habían quedado traspuestos cuando la enfermera vino a avisarlos. A Anselmo le quedaba poco tiempo de vida. Podían entrar a verlo. Por su edad y la gravedad de las lesiones, su organismo no había respondido a los esfuerzos de los facultativos. Estaba cubierto con una sábana y Gonzalo tuvo la impresión de que había disminuido de tamaño, le pareció una criatura indefensa, un bebé abandonado a su suerte. A pesar de su estado, el anciano al verlos esbozó una dolorida sonrisa antes de volver a caer en la inconsciencia.

A las dos de la tarde, cuando Gonzalo volvía a su casa pensando de qué forma iba a dar la noticia a los vecinos y cómo proponerles hacer una colecta para sufragar el entierro de Anselmo, su mujer estaba viendo la TV atenta al desenlace del concurso gastronómico. El plato ganador había sido: Alondra macerada en miel con jengibre, especias orientales y caviar iraní, sobre un lecho de hojaldre de trigo ecológico, sésamo y dátiles.

María Rosario Mohinelo

LA VIÑA DE PABLO

"Aquel hombre llamado Pablo tenía una viña de tres fanegas. Una viña de uvas blancas. En aquella tierra para ser llamado rico, hay que tener cien fanegas por lo menos. Pablo era pobre y muy desgraciado. *Fcº García Pavón "La viña de Pablo"*

Mi viña era pequeña, ocupaba tan solo tres fanegas y además estaba invadida por el mildiu. Una noche, después de un tira y afloja con otros agricultores por una hora escasa de regadío, nos lanzamos los trastos a la cabeza sobre qué insecticida era el más eficaz para aniquilar al mildiu, la filoxera o la negrilla. Estas plagas devoraban nuestros campos, sobre todo el mío. Sin ponernos de acuerdo, me marché con el disgusto a cuestas y más malhumorado que de costumbre.

Todo mi patrimonio era ese pedazo de tierra, y no veía una solución para salvarlo. Si perdía los viñedos me quedaba en la ruina total. ¡Era tan pobre y tan desgraciado! Esta incertidumbre no me dejaba pegar ojo. Dando vueltas al asunto, a la desesperada, se me ocurrió acercarme hasta la casa conocida como "La Venta". En ella vivió siempre la tía Rosario, y a su muerte quedó vacía. Hace apenas unos meses un ir y venir de albañiles y pintores, además de un camión de mudanzas, daban a entender que la estaban adecentando para ser habitada. Una vez arrancadas las malas hierbas del camino y podadas las enredaderas, el porche quedó al descubierto luciendo casa y jardín el esplendor de antaño.

El hombre que vino a habitarla me doblaba la edad, pero como decía mi madre, "lo que se pierde en neuronas se gana en experiencia, y yo a ese hombre le vi cara de saber mucho cuando me lo crucé dos semanas atrás. Era muy temprano, pero ya el sol pegaba fuerte. Se presentó y muy amablemente, me ofreció su casa. "Vivo solo y tengo mucho tiempo libre. -dijo- Puedes visitarme cuando gustes."

Aunque yo rozo los cuarenta, me falta mucho por aprender. De pobre ya no me saca nadie, pero si pudiera salvar las tres fanegas de viña, salvaría mi reputación y mi pan. Por eso, sin pensarlo dos veces y con el propósito de consultarle sobre mi problema, una tarde encaminé mis pasos hacia su casa. No me equivoqué: Pascual Lara me recibió tan cordialmente como si nos conociéramos de toda la vida. Al explicarle lo que me llevaba a pedirle consejo, me dijo: "Siendo un zagal acosado por el hambre, emigré y fui dando tumbos por el mundo; él y su sabiduría me educaron. Porque, si eres listo, si observas y pones en práctica las lecciones que te da la vida, se aprende mucho y muy variado. A lo largo de mi existencia he sufrido, me he divertido y también he amado. He comprado, vendido y cerrado negocios millonarios. Ahora estoy solo y disfruto de una vejez serena." Había anochecido pero continuamos la charla durante horas en las que aprendí más que en todos los días de mí vida. En cualquier rincón de la casa se acumulaba ciencia, sobre todo en la confortable sala en la que me recibió. En ella pude contemplar estanterías repletas de libros y vitrinas con recuerdos de todo el mundo. Me asombró su conocimiento de los más diversos temas, especialmente del que más me importaba: el cultivo de las viñas y de cómo se combaten sus plagas. Cuando nos despedimos, los gallos ya cantaban en los corrales. Fue una noche larga y fructífera.

Desde entonces trabajé sin descanso, incluso de sol a sol, pero con puntadas seguras. Siguiendo los consejos de Pascual Lara, labré, planté, podé y fumigué siguiendo métodos poco convencionales, lo que me llevó a ser el hazmerreír de otros agricultores. El Pasas, me apodaron, y yo, al escucharlo, me resignaba como si no fuera conmigo tanta guasa.

Alentado por Pascual, injerté una variedad de uva sin semillas, de baja acidez y rica en azúcares, en mis viñedos, de la que conseguí las uvas pasas más apreciadas del lugar. El dinero que ganaba lo iba invirtiendo en más fanegas y en la plantación de cepas de diversas variedades con las que se elabora el buen vino, que dos años más tarde daban sus primeros frutos. Trabajé mucho y di trabajo a hombres y mujeres de la comarca.

Presentarme aquella tarde ante Pascual, fue la mejor decisión que he tomado en mi vida. Hoy más que nunca, admiro su sabiduría, su forma de tratar a las personas, su generosidad, su vida... Nuestro aprecio es mutuo. Los domingos y fiestas de guardar comemos juntos, la familia que he formado es su familia y nos divertimos jugando al dominó, al tute o a la brisca. Siempre me gana. ¡Cómo no! En los juegos de azar también es un maestro.

Ahora tengo una viña de tres fanegas de uva blanca, además de mil fanegas de otras variedades de las que me ocupo. En total novecientas más de las necesarias para que te llamen rico. Pero yo soy feliz y sólo permito que me llamen Pablo y me apelliden, si quieren, el Pasas.

Mª Amparo Benito Díez

Cuando algo se tuerce…

Plasmar un boceto de lo que piensas, es un cuadro abstracto de poesía.
Era algo que no se me daba mal. Pero cuando recapacitas y notas
que el mundo se ha confabulado en tu contra, no te queda otra que
contraatacar.
¿Y cómo hacerlo teniendo al mundo por montera? Ignorando a los secuaces
que te esquilman hasta del páncreas la cicuta. La “mala leche“ se agria en atolones cimentados de acíbar podrido y no se puede hacer nada salvo esperar.
Esperar a que cambie el tiempo.
Esperar a que un amigo te diga de tomar un café.
Esperar a ver cómo se degüella el pájaro cándido de tu vecino porque se quedó sin leche.
De todas formas, esto es una sinrazón, y es mejor dejarlo.

Inma Méndez/Alféizar

“Troncos de árboles” de *Francisco Camuñas*

Mientras
el tiempo
huye

Sonidos y palabras traspasan los instantes,
llegan desde un abismo que el cruel espanto habita
son un fuego incesante donde el ardor crepita,
son amores insomnes y ansiedades constantes.

No mires hacia atrás, que ya han sido bastantes
las noches y los días de tu vida marchita,
limítate a dejarla en tus poemas escrita,
con palabras abiertas, ciertas y emocionantes.

Tú siempre fuiste el eco donde incesante clama
un aire incandescente y una luna creciente
que de pronto se esconde y en sombras se diluye.

Sigue por el sendero que tu canto más ama,
mientras el tiempo gime taciturno y doliente,
como un brillante espejo del transcurrir que fluye.

Manuel Parra Pozuelo

SOBRE RAFAEL ALBERTI Y MIGUEL HERNÁNDEZ

Después de leer el libro “Miguel Hernández: una nueva visión”, de haber vuelto a las páginas de otros leídos hace tiempo como los de Carlos Morla “España sufre”, “Cuatro poetas en guerra” de Ian Gibson, la biografía de M. H. por Guerrero Zamora y prensa en general, expongo, buscando ser objetiva, lo que deduzco de cómo fue la relación entre dos personalidades tan significadas en literatura y en política. Poetas y coetáneos, compartieron inquietudes literarias e ideales políticos. Ideales que albergaron una buena amistad. No pocos hechos y anécdotas conocidas lo acreditan.

Pienso que el joven Alberti, que llegó a Madrid lleno de ilusiones que se vieron cumplidas con prontitud y a quien se le abría un horizonte alentador, tenía una personalidad fuerte, segura y bien respaldada. No así eran las condiciones que rodearon el aterrizaje de Miguel Hernández en la capital. Ni la primera entrevista con Jiménez Caballero, ni la acogida por el grupo de colegas escritores –salvo excepciones-, fueron un espaldarazo de seguridad para nuestro ilustre oriolano, que llegaba pobre de dineros y rico de humildad. Tuvo valedores, claro, y reconocimientos (Juan Ramón, Aleixandre, Neruda, Cossío…), pero las cosas no le resultaron fáciles ni siquiera muy esperanzadoras. Ocasiones hubo felices, pero también otras de preocupación tanto económica como de índole afectiva y emocional. Esta diversidad de situaciones en “su mundo” parece ser históricamente así. El devenir de la relación entre Alberti y Hernández, con estos condicionantes, sumados al difícil momento político que siguió hasta desembocar en una guerra civil y los muchos años que hoy nos alejan de entonces, es arriesgado juzgarlo, sobre todo estimar ciertos comportamientos, muy comentados, que quizá propiciaron un profundo distanciamiento entre el poeta gaditano y el de Orihuela.

Ya en plena conflagración, sin duda los dos se comprometieron lealmente a defender sus creencias políticas. Parece que para Alberti las circunstancias fueron menos extremas, mientras que a Miguel Hernández le golpearon fuerte combatiendo y arengando en las trincheras. Puedo comprender las durísimas palabras de Miguel en el tan enjuiciado y triste desencuentro con el matrimonio Alberti cuando una fiesta en la Alianza de Escritores Antifascistas le pareciera una frivolidad incomprensible y criticable, a él, que venía de la desolación y la tragedia de los “frentes”. Puedo comprender que, cuando faltaban sólo días para el desastroso final de la guerra, al controlar el poder el férreo anticomunista coronel Casado, apareciera el pánico y la necesidad de huir de su persecución en todo afiliado al partido comunista (como era el caso de Alberti y Hernández). A esto siguió, casi sin tregua, el verse amenazados por una venganza sangrienta por parte de las tropas franquistas (había precedentes).

Los que pudieron, y cómo pudieron, se expatriaron; los que tuvieron el camino “menos llano” (Max Aub) soportaron hasta lo irreparable. Así Miguel, que decidió quedarse, de momento, en su tierra junto a su familia.

Hoy que, imaginando que un exilio forzoso no puede ser en modo alguno gratificante (el de Alberti), y conociendo los últimos tiempos de vida de Miguel en su peregrinar amargo y su muerte en prisión, sentimos tanta tristeza, nos queda admirarlos por su obra y, a través de ella, por lo mejor de su perfil humano.

Elena Escolano

Cada vez

que te alejas

Cada vez que te alejas
las rocas pierden su dureza
los árboles te siguen
y las palmeras se callan.

Cada vez que te alejas
pierdo tu mirada
busco en los cielos
donde no te hallo.
Bajo al averno y me gritan
que el fuego no arde
con tus huesos enamorados:
sigue otros caminos,
aurora del alba,
aquí no entran
fugitivos
de Eros,
tipos cobardes.

Cada vez que te alejas
el cielo se hunde en las simas,
desgarros de la tierra,
barrancos para la tumba,
cielos truncados.
Mi cuerpo reclama tu cuerpo
son tentaciones,
o sólo pecados.
Y la semilla se pierde en el yermo
de adanes sin paraísos.

Cada vez que te alejas
tiemblo gélida,
te llamo
no contestas
huyes
convertido en
espíritu de la noche
sombra errante.

Cada vez que te llamo
mi voz se pierde en el páramo.

Airam Lebasi

A 15000 kilómetros

"...hoy anduvo la muerte entre mis libros buscando mi pasado..."

Alfredo Zitarrosa

Irrumpía una y otra vez
eyaculando ignorancia y prepotencia,
y revolviéndolo todo con absoluto desprecio.
Buscaba y buscaba... en la alacena,
en los anaqueles, en los cajones, en el sótano,
convencida que hallaría una carta,
un libro, una revista, unos panfletos,
ese verso caído de algún poema.
A quince mil kilómetros de aquí,
en la noche más oscura y cerrada,
privados de su sangre, sufrían mis pájaros,
y las palomas volaban sin mensajes
mientras ella, incansable, lo daba vuelta todo.
A quince mil kilómetros de allí,
con un río grande y plateado,
un océano, y un mar de por medio,
-separado de mis pájaros-
yo seguía escribiendo en libertad.
Sé que no regresará jamás...
pero sucede que, si lo intenta alguna vez,
en la casa dormida
ya no quedará nadie para abrirle la puerta,
para levantar la tapa de madera del sótano de mi cuarto,
para responder a sus impertinentes preguntas,
para soportar sus humillaciones.
Aunque para entrar ejerciera la fuerza
de su guadaña asesina,
no encontraría más que paredes...
y toda la memoria
saltando directo a su yugular.

Julio Pavanetti

CABALGANDO EN LAS ALAMBRADAS

Pétreos, vivimos y soñamos la vida que a horcajadas sedamos. Presos de la remembranza vamos a horcajadas diluyéndonos.

Los lazos rosas, que en las horas alcanzables, aún pudimos asir. Cenotes de mis ausencias en tus años y sus pozos. Voz de todos y de nadie. Estela bráctea, con mis nítidas escuchas y tu alma entallecida.

Hablaron los ojos secos del uno al otro, y solapados por la hierba y el Mar. Las noches rizadas rezábamos las ingles de las mariposas y embriagados de su vuelo bajo el hálito de nuestra saliva, diluviaba en nuestras almas.

Porque el amor te da forma y palabra. Y también pala y fosa. Y senda y metralla.

Supiste labrar los negros óleos taciturnos y vaciaste del Copón Sagrado la ley de la gravedad. En un puño, tu crucifijo. En el otro, mi mano. Y en la hora del alba la hondura compartida del eco del barranco. Espejo ciego que no devuelves nada. Boca blanca que la tierra abatiría. Abiertas pupilas de la pólvora a traición.

El sacrificio en la tierra queda. Tierra de muertos “non gratos”. La sangre florece como las acacias, se extiende como un toro desbocado. Es entonces cuando los matarifes se van. Su cerdo está muerto. Y mi existencia también.

Acababa de presenciar la transparente paloma de la muerte. Limar la sangre a borbotones con el sigilo de la danza. Disponía de breves horas si quería que el padre del hijo que esperaba, no fuese a una fosa común.

Como un caimán, de mi escondrijo, salí furtiva a por ese hombre, aún caliente. Y cavé la tierra con mis manos, con el Copón Sagrado, que él mismo debió esconder en la roca para su última estancia. Prisionero de su violento futuro, hasta me facilitó las mañas… Antes de arrojarle a la tumba prefabricada le quité su alianza de oro. Ahora estaba casado conmigo.

Enseguida me silbaron los desfiladeros del exilio. También le hubieran salvado a él de haber llegado antes. Mi agonía parecía compartida conmigo en la noche, cuando mirando al firmamento veía algunas estrellas sangrar. Y llené mi hendidura con alimentos para el hijo que esperaba, enseñando a leer en el exilio.

Cuando llegó el momento de parir, quise hacerlo en la playa. Porque todo mi amor con él fue una alambrada. Unos fósforos al lado de la pólvora y el miedo de que no prendieran…

Nada quise para el dolor. Deseaba recordar a su padre. Y en cada contracción gritaba: ¡Te amo! ¡Te amo! Y mi hijo llegó al mundo al compás de las olas y con la ovación de los presentes.

Pedí que lo lavaran en el Mar. Y cuando lo tuve en mis brazos le dije: Tu padre murió sin saber que tú venías, pero fue el mejor de los sacerdotes”

Inma Méndez/Alféizar

Días tristes

Estos días he pensado
hacer retroceder la muralla del tiempo,
y estuve, más allá del posible deseo,
¡Oh Filis!, musa y diosa mía,
a la que escribe este viejo poeta
y este joven corazón.

A ti, en estas horas de esperanza,
yo te evoco y te canto,
para mí eres el hambre y la sed.
y, al mismo tiempo,
fuiste la fruta que sació mis ansias.

Eres mi metro y mi rima,
tú fuiste milagro de amor.
¡Oh Filis! No sé cómo pudiste adentrarte
en la tierra de mi alma
o en la cruz de tus brazos o en tu boca dormida,
o en tu melena trenzada o en tu ternura leve,
como el agua o la harina.

Estoy desesperado. La palabra sin eco,
y mi mente vacía de cualquier esperanza
está en ti.
Porque tú eres la rosa
que ultima mi camino.
¡Oh musa silenciosa!
cierra tus ojos profundos,
porque allí aletea la noche,
desnuda ya tu cuerpo
y aleja la tristeza de tus ojos profundos.

¡Oh musa silenciosa!,
¡frescos brazos de flor y un regazo de rosa!
Sobre las caracolas de tus senos,
vino ayer a dormirse
una bellísima mariposa de amor.

¡Oh musa silenciosa!
¡Oh diosa del amor!
Llueve en el viento del amor,
y vuelan errantes gaviotas en el agua,
yo ando descalzo en la calle mojada,
en el árbol se quejan, como enfermas,
sus hojas.

¡Oh musa silenciosa!
Abeja ausente, lejos de mí,
tú sigues en mi tiempo, ¡callada!

Anastasio del Socorro

Mi huella (1)

Yo nací de un vientre pobre
llorando entre sangre y agua,
en cuarto con salobre/salitre
con la huella de la fragua

de la lima y el martillo
del yunque y otros metales,
en mis dedos de chiquillo
y en mis muñecas lechales.

Esta huella es muy frecuente
poderla ver en las manos,
destrozadas de mi gente
y de estos hombres huertanos.

Cultivadores de sueños
en bancales de labranza,
vuestro mundo os ve pequeños
pero seréis la esperanza

de esta tierra donde habito
y habita la gente buena,
Jesús, Purina y Juanito,
Dorotea y Magdalena.

Sin duda son la pureza
de lo puros manantiales,
que al andar por la maleza
la convierten en trigales.

Personas que siempre han sido
y serán hasta su muerte,
un pan blanco bendecido
y teneros, una suerte.

Porque soy la valentía
la respiración y el viento,
que le dais al alma mía
cuando me falta el aliento.

Vosotros sois el recuerdo
que tantas veces me ayuda,
a estar en mis versos cuerdo
y a despejarme en la duda.

Vuestra presencia me falta
¡hijos del Bajo Segura!
de la palmera y la era alta
hortelanos de alma pura.

De todas estas señales
la que más me duele es una,
la de estos flacos zagales
que mueren de sed y hambruna.

Cada segundo que pasa
de mi reloj coronario,
que tiene forma de pasa
y aún tintinea a diario,

y en cada fuerte latido
siento cómo voy cayendo,
como un pájaro abatido
encima de hierro ardiendo.

Pero tengo que vivir
para evitar que mi gente
tenga sin más que morir
bajo el yugo de un demente.

La peor huella es aquella
que te marcan como al toro,
quien te lisia y te atropella
y se adueña del tesoro

de una patria destruida
y de un pueblo amordazado,
que se ha dejado la vida
por ser libre y no enjaulado.

Si una huella es de martillo
eso enseguida se nota,
en la cara de un chiquillo
cuando juega a la pelota.

con otros niños que han sido
previamente alimentados,
con un sabroso cocido
y unos fresquitos helados.

Conforme yo voy creciendo
ella aumenta de tamaño,
esté o no esté durmiendo
todos los días del año.

Tanta sed me da esta fragua
y este pesado martillo,
que de tanto beber agua
me estoy poniendo amarillo,

del color del azafrán
desde mis pies a mi frente
porque sólo como pan
y sopa de ajo caliente.

No sé si podre algún día
verme por fin liberado,
de esta sombría herrería
y de este yunque malvado.

Trinitario Rodríguez

Como Flor entre las Flores

Yo quisiera escribir un buen soneto
con palabras de amor y muy sencillas
que se me entiendan todas las letrillas
y no quede como un analfabeto.

Yo quisiera plasmar en un boceto
que poco a poco siembro las semillas
que algún día serán las maravillas
del fruto recogido tan escueto.

Mas esto quede escrito con amores
y pase el tiempo justo y deseado
sin demasiado espanto ni temores.

Y mi pobre soneto aquí sembrado
se alzare como flor entre las flores
para cualquier poeta consumado.

Lucía Espín

Poema visual

Árbol y asno

Francisco Camuñas

ENTONCES...

El pazo de Casal do Río se recostaba en la falda escarpada del San Gregorio, monte que recibía su nombre de una antigua abadía de benedictinos. Ésta mostraba sus ruinas y viñedos en una hoya fértil, poblada de huertas olvidadas. Pequeños regatos se deslizaban entre la maleza, que abundaba en matojos que crecían salvajes en aquellas tierras antes cultivadas por los monjes. Las alimañas y los animales silvestres pululaban entre los matorrales silenciosos y sonoros de vida, dando al lugar un aire de bucólica paz.

Mi recuerdo es para Casal do Río, casar antiguo y cuidado primorosamente por mis tíos. El pazo, infanzón, tenía jornaleros diarios y caseros para el arreglo de los viñedos y cultivo de cereales, patatas y hortalizas de huerta, que ocupaban las horas y los días de los empleados. Además, servían en el pazo una muchacha joven, inocente y hermosa, como doncella de alcoba y una cocinera gruñona e imponente. Y a éstas había que sumar la presencia de un mozo, soldado en servicio a la patria, que mi tío tenía de asistente por su cargo de militar. Entonces yo era muy niña y Casal do Río suponía para mí una fuente inagotable de descubrimientos. En él pasé los días más felices de mi niñez. Desde su atalaya se divisaba la vega del río Umia que en verano se volvía de oro, al madurar los maíces que eran cortados por la cinta irisada de las aguas que la luz del atardecer pintaba de rojos y rosas. En invierno, la lluvia y el temporal azotaban los árboles centenarios que crujían en lamentos fantasmales poniendo un punto de terror en la mansión. En la cotidianidad de la vida del pazo sucedían muchas historias. Los niños no perdíamos ripio porque frecuentábamos las eras y los corrales en las que se desarrollaban las tertulias al socaire de los descansos y las comidas, y en invierno, al calor del lar de la cocina vieja, como llamábamos a la antigua cocina de faenas de animales y abrigo de jornaleros en los días de lluvia. Así me enteré de cómo el asistente, mozo bien parecido y muy solicitado por las jóvenes, se vio enredado en un suceso que empezó siendo casi una broma. Jordi, que así se llamaba, catalán, nombro este detalle por lo que sucedió después, y de oficio carpintero, fue visitado por la noche, en su cama, por Benita, la cocinera. Parece ser que el soldado se asustó de semejante ataque y trató por todos los medios de librarse de sus requerimientos. Sin resultado. Siendo literalmente arrollado por la lujuriosa matrona que insistió en sus apetencias y consiguió doblegar al joven y envolverlo entre sus turgencias generosas. Pero logró enternecerlo con sus artes de mujer apasionada y licenciosa. En el paroxismo de su lujuria gritaba:

-*Rapaz, saca a ferramenta*

Mientras pasaba sobre el rostro del muchacho sus pechos blancos y turgentes, en aquella abundancia con la que Dios la había dotado, se los metía en la boca y lo envolvía entre sus brazos hasta casi asfixiarlo con sus carnes prietas y su cuerpo generoso. La cocinera emanaba un fuerte olor. Fragancias de cebollas, ajos y especias. Después de aquellas orgías Jordi parecía un manjar preparado para el horno. Exigía del joven toda la pasión, de la que ella sabía exprimir hasta la última gota. La lucha agotadora sucumbía bajo aquel ciclón de lujuria arrebatadora y descomunal en un relajo sedante de dulce placer.

Se repetía esta escena casi todas las noches. Jordi, dicen que gozaba mucho con las visitas nocturnas. A cambio era recompensado con comidas especiales ante la burla simulada de los demás. Cuando Benita lo dejaba se quedaba despierto y ahíto. Pero sus pensamientos se recreaban en el recuerdo de la joven Benilde, la doncella. Entonces su pituitaria rechazaba los ajos y especias de los sabrosos manjares de la cocinera y se extasiaba en el recuerdo de la fragancia a lavanda y rosas de la

muchacha. Una inocente sonrisa se instalaba en su rostro y se quedaba dormido soñando con Benilde.

La vida transcurría entre las habladurías y las faenas del pazo. Mientras, Jordi cercaba arteramente a Benilde. Con gestos de señor, la halagaba con pequeños detalles venciendo su natural recato. Ésta no estaba enterada del enredo que se traía con la cocinera. Jordi dormía en la torre, parte del pazo que quedaba alejada de los dormitorios de los señores y de las fámulas. Así, ignorante, empezó a ceder a los requerimientos del soldado. Él, tentador y galán, inició su acoso lejos de los ojos de la cocinera. El escenario perfecto fue el pajar. El pajar quedaba en la era en la que Benilde tenía los tendales y a los que iba cada día y en los que pasaba muchos ratos cuidando la ropa. Si llovía esta faena la realizaba en el alpendre donde trabajaba Jordi. Ya fuera en uno u otro lugar, los requiebros se complicaron y la joven claudicó ante las promesas de boda. Su tálamo, la paja del almiar, acogió sus más cálidos suspiros y las ardientes promesas del mozo. Se entregó pura y ardiente al príncipe tentador y se dejó llevar por la frenética pasión que desbordó de su ser. Alegre y confiada se quedaba tendida mordisqueando una hierba mientras sus sueños los engarzaban las nubes que se dibujaban en el cielo, raudas y cambiantes, camino del paraíso.

Benita sospechó que algo no iba bien. Jordi se fue volviendo remolón y ella se mostró desconfiada y tomó medidas. Espió al mozo y se dio cuenta de lo que pasaba y lo peor: *la cintura de Benilde había engrosado*. Benita pensó que debía tomar medidas, le pareció que era hora de enterar el general, señor del pazo, de lo que ocurría. Apreciaba mucho a la muchacha y le dolía que se hubiese dejado engatusar por el ordenanza. Lo llamó a su cocina y le preguntó que pensaba hacer con la situación, él bajó la cabeza y le dijo que no era cosa suya, que era su vida, y se fue. Benita enteró al general de los acontecimientos y este mandó que se presentase el soldado. El mozo cuadrado y firme, con la mano en la frente en acto de respeto militar miró a su superior.

-A sus órdenes mi general. ¿Qué se le ofrece?- dijo con un leve temblor en la voz.

-Descanse – El general carraspeó para aclararse la garganta y siguió con tono firme y enfadado.- Tenemos que hablar. Estoy enterado de sus andanzas amorosas. Yo suelo hacer la vista gorda en los amoríos de la tropa, son libres y mayores para asumir sus acciones. Lo de la cocinera es una anécdota pero lo de la doncella exige una reparación. Avise a su familia y les preparamos la boda. No admito un no. Retírese.

-Mi general, con su permiso, tengo que decir no. Estoy comprometido en mi pueblo. Soy el hijo mayor y me debo a la hacienda del mayorazgo y a la obediencia de mis padres. Todo está determinado para el momento en que me licencien casarme con la heredera de la masía que linda con la nuestra. Está concertado desde que éramos muy jóvenes. Lo siento, señor, es imposible.

-Y, ¿no piensa en esta muchacha?. Qué va a ser de ella con un hijo sin padre.

-Lo lamento, es una buena chica, encontrará a otro.

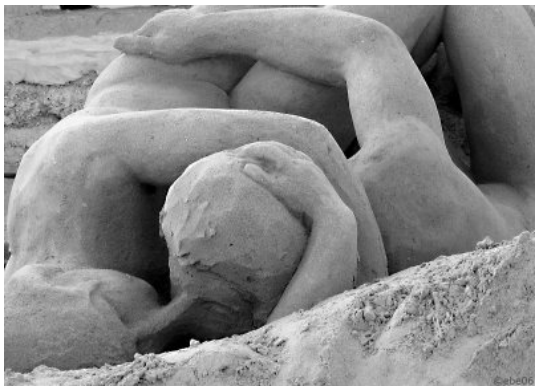
-Soldado, firme. Le ordeno que recoja sus cosas e incorpórese al cuartel. Queda relegado de mi servicio. ¡Fuera de mi vista!

De estos detalles me enteré poco a poco. Preguntábamos que había pasado con el asistente. ¿Cuándo volvía? Los niños lo queríamos mucho porque era muy ingenioso y nos ayudaba con los juegos y diversiones que nos inventábamos.

Benilde se fue de la casa. Seguíamos viéndola cuando la llamaban para ayudar con la plancha o la costura. Poco a poco dejó de venir. Sé que mis tíos la protegían pero consideraban que era un mal ejemplo para los niños. Pasó el tiempo y poco a poco olvidamos. Otros juegos y otros ordenanzas pasaron por el pazo. La vida entonces se desenvolvía sin sobresaltos entre juegos e historias.

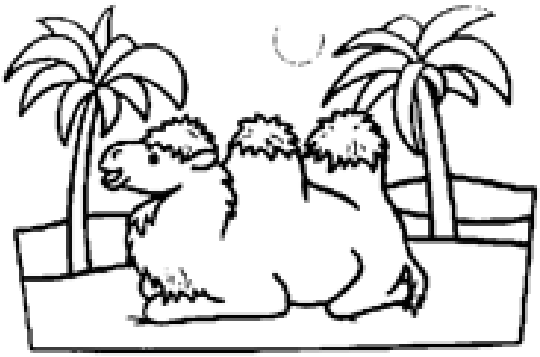
Airam Lebasi

Son dos



La tierra fina en los costados
precipitándose desde los cuerpos.
Tumbados hay dos,
se quiebran, se funden.
Se desliza suave,
se evade dorada,
reparte perfecta
en luces y sombras,
colinas y valles,
oscura y brillante
por todos los huecos
cayendo la arena.
Los ojos cerrados,
confusos jugando,
rodando son dos,
dos tan solo
en única explosión.

Lenta Caravana



Lenta caravana
de meses sin agua,
siguen los camellos.
Aguantan sin prisa,
aguantan sin lágrimas,
sin una caricia.
Se movió la arena,
con formas geométricas
dunas y oquedades.
Lenta en el desierto,
lenta caravana,
lentos los camellos,
calor y viento,
y sin agua.
Y en medio de todo,
el brocal del pozo,
el riego gotea
entre plantaciones
y la casa en sombra.

Áurea López

Hasta más allá de la sangre o el ojo,
de la mano o del pie, me veo rodeado
de múltiples insectos, sobre todo de arañas,
que pasan por encima de mis zapatos y
de mi siglo y mi vida, mi cuerpo y mi memoria.

Hacía tiempo que no me causaban problemas,
pero han regresado con similar angustia
a la que tuve un día que creí ya lejano.
Son las arañas: negras, verdes, grises
o amarillas. Son un transcurso de
desolación y noche larga y susto,
de cansancio y de humo, de salitre o de viento.

Avanzan por la piedra y por el vidrio, y por
la mesa con el vaso de vino tinto. Suben
por el brocal abierto de la hondura
de agua fría del pozo. Agua que viene
del subsuelo más agrio de la tierra,
de donde nace toda la inmundicia
de las cosas extrañas.

Son todos los insectos, sobre todo
las arañas oscuras: sus tentáculos,
sus contornos rugosos, la pericia
de sus texturas y tejidos. Son
rojas, azules, blancas, o moradas.
Que por el interior de mi cerebro
sembrando van sus pesadillas,
por corredores o pasillos íntimos.
Son sombras indudables
de mi recuerdo o de mi olvido. Son
lo que conozco y sé y lo que ignoro,
son la crueldad y el odio,
las terribles arañas.

Francisco Alonso Ruiz

Tres únicos poemas de un hombre llamado Justo Robles, que decía que él jamás sería poeta

Encontré los tres poemas entre los calzoncillos; plegaditos, al fondo de un cajón de la coqueta, bajo los saquitos olorosos a flores de azahar (él era exquisito para esas cosas del tacto y las sustancias; por ello siempre perfumé las almohadas con aspersiones ora de lilas, ora de madreselva, o bien de muguet).

De no haberse ido de aquella manera súbita e inesperada, tal día como hoy, 21 de Septiembre, no los habría encontrado jamás (era endiabladamente cauto cuando quería ocultar alguna debilidad; y yo se lo permitía, pues soy endemoniadamente tenaz para la búsqueda de secretos y adminículos).

Tres cuartillas de libreta cuadriculada (probablemente hurtadas con alevosía y nocturnidad de un cuaderno escolar), escritas con pluma estilográfica (¡cielos, estilográfica!; le regalé una Dupont con capuchón de oro en 1987 y jamás le vi usarla; para las grandes ocasiones, dijo, para escribir cosas transcendentales, importantísimas).

Hacía algo más de un año que se había ido (sus cenizas reposaban ya pacíficas y cálidas en nuestro dormitorio, territorio prohibido a las miradas extrañas). Yo quería oler de nuevo sus cosas, sus prendas íntimas, por olerle a él, grabándolo en el subconsciente profundo y que no se me fuera esa memoria (dicen que el olfato es el más mnemotécnico de los sentidos, el más pertinaz y duradero). Estaba inquieta (lo recuerdo perfectamente), abriendo el cajón de la cómoda, sentada en la señorial cama que había sido nuestro tálamo, cuando con la punta de los dedos rocé el papel y sentí un algo extraño (esa familiar sensación que sobreviene cuando se encuentra “algo” misterioso e inesperado).

Confieso que lloré, incluso antes de comenzar a desplegar las hojas toscas. Era su escritura pequeña y pulcra, sin una sola corrección, sin tachaduras (diríase, sin vacilación ninguna, de un solo golpe). Sin embargo había engrosamientos inusuales, tensiones ínfimas que delataban acaso un estado de exaltación o crispación (¡cómo saberlo sin ser grafóloga!) Así que me permití imaginarlo (inventarlo si era preciso) escribiendo esos tres poemas, encerrado en la leve penumbra de la alcoba, mientras yo, ignorante, preparaba la cena en la cocina, sudorosa, con el delantal churretoso y la nariz y los dedos tiznados de harina (un cuadro nada poético).

El primer pliego decía:

Te has marchado
y me has dejado
al cuidado de tu huerto,
has puesto mi barco
en un mar de confianza,
la vida que has engendrado
me la das a compartir
para llegar al albor del día
y abrazarme, hortelano
y besarme, navegante.

Y ahora... ¡mierda y mil veces mierda!, cuando ya no es posible abalanzarse sobre él y derrotarlo a mordiscos, a cosquillas; ahora, ante sus huesos quemados-molidos,

percibo la intensidad de su amor loco, y rabio de ausencia de él. Ahora (¡mierda!), que he notado la limpísima, nítida ausencia de sus manos recorriéndome…despliego (manteniendo el orden riguroso de su posición, tal como él los puso) la segunda hoja, en la que escribió:

Nací en un rincón
¿de diciembre o enero?
y de blanco me vistieron
sobre una montaña
vestida de blanca tarde.
Vi que su fruto era negro
pero a mí me hicieron blanco.
Soy como la montaña alta,
mi fruto también es negro.
Y a ti, amor mío,
te cubro con mi blanco más radiante
y te amo con mi negro más oscuro.

Ahora (¡joder y mil veces joder!), tengo que leer los putos versos, sonándome los mocos… estúpida mujer viuda (¡viuda, joder, te enteras!); y no puedo hacer otra cosa que sorprenderme entre lágrimas, elevar altísimas las cejas (el espejo sobre la cómoda me delató en ese gesto inusual) e ir corriendo al ordenador para transcribir el tercer poema cuyas primeras tres palabras estaban en mayúsculas (no fuera a desaparecerme en una esquina infame del ojo):

NO SOY POETA
Lo confieso
En Abril te lo dije.
Ni encanto, ni verso
ni cultivo las palabras
con que decirte ¡amor mío!
Aún estoy entrenando
a mis ojos, a mis manos
a mis labios, a mis oídos
a mi corazón, a mi frente
a mirarte, a tocarte
a besarte, a escucharte
a quererte, a pensarte.
Y a mis brazos, a mis pies
a mi pecho, a mi vientre
a abrazarte, a recorrerte
a respirarte.
A mi dolor, a mi tristeza
a desearte, a recordarte.
SIENTO
EN
TI.

Y así, por ti, Justo Robles que estás en los cielos, lo he hecho, con alevosía y nocturnidad (son las tres de la madrugada). Aquí dejo testimonio, en el orden en que los encontré, plegados entre el perfume de tu ropa interior, de los tres únicos poemas que en tu vida me dedicaste.

Mercedes Rodríguez García-Olías

A

Contracorriente

"¿Quién me dijera, Elisa, vida mía"...
Garcilaso,
¿todavía andas así, con esas églogas
al sol naciente y cantando a las ninfas
del río Tajo?
¿Todavía te encuentras revolviendo papeles,
colgando en anaqueles de viejas bibliotecas,
con los rancios volúmenes de la esperanza
ida?

"Si Garcilaso volviera..."
Pues mire usted, don Rafael,
Garcilaso está aquí, entre nosotros
y nos contempla ávido de amores
pidiéndole a los dioses por nosotros,
porque andamos
subidos en el AVE,
volando en el Concorde;
pero nunca encontramos
una vega florida y llena de los soles,
ni un cuerpo que nos diga nuestro nombre primero
y nos lleve a la cima
más alta de la noche.

"Hermosas ninfas que en el río metidas..."
Si ya todo pasó; si pasaron las luces,
los colores, la forma tierna y firme
de sus pechos, labios que se besaban
y cabellos al oro de la aurora.

¿Qué buscas, Garcilaso?
¿Qué esperas de nosotros
si estás muy viejo ya, si has cumplido
casi quinientos años
y nadie te socorre en tu amargura?

Juan Vicedo

Dijeron que Miguel

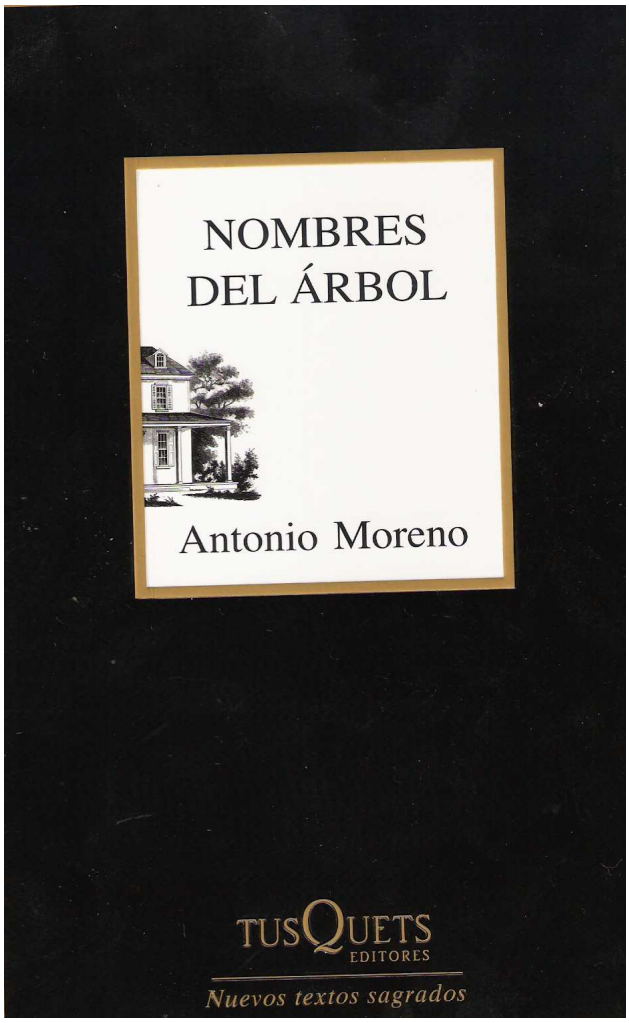
ya no era mío,
porque el pasado cayó
como una inmensa losa
y el polvo de los días
lamió su voz de barro
su cántaro
de pueblo combatido.
Y miré en el presente,
y hallé a Iqbal
con cuatro años
encadenado a una alfombra
a Marukh con cinco
derritiendo sus manos
en las cubas ardientes
de la seda
a Juana
en la fétida cima
de un estercolero.
Y vi un niño yuntero
en cada continente.
Pero entonces me dijeron
que tampoco eran míos,
después de todo, el llanto
no atraviesa los muros
de las patrias.
Tan solo son pequeñas
molestias del sistema,
400 millones
de niños esclavos
malnutridos.

Me explicaron
que eran lejanos a mi amor
y que no,
que tampoco eran míos.
Y extendí mi brazo
y atravesé una casa
una calle, un miedo
una vergüenza
una excusa
un océano
y un beso.
Y abrace a un niño
que creyó
que nadie le miraba.
Cargaba en sus pequeñas
manos
la avaricia del mundo
y le amé.
Entonces descubrí
que ese pequeño era mío
y tuyo, y nuestro
y de todo aquel
que me escucha,
y del que no me escucha
y que está herido
como todos estamos
heridos por el sueño.
¡Agrandad vuestros brazos,
abrazad el mundo¡,
¡salid a recogerlos¡
Después de todo,
el abrazo no termina
en un hombre
ni en dos cuerpos
ni siquiera en un muerto
mas se consuma
en los niños.
Rodeé con mis brazos
la Tierra,
y encontré a Miguel
sempiterno en el viento
junto al rayo, conmigo.

Julia Díaz Climent

TODO TRANSCRITO

Nombres del árbol
Antonio Moreno
Tusquet editores
Barcelona, 2010
193 páginas,
10 euros



Nuestro amigo Antonio Moreno acaba de publicar el libro que comentamos, aunque las palabras que siguen no están dictadas por nuestro afecto. En nuestro caso, pasión no impide conocimiento, sino que, por el contrario, lo hace posible.

La poesía nace cuando un hombre, el poeta, se detiene y habla con el árbol, con aquel ser que contiene, sin saberlo, toda la belleza y es en esa intimidad consigo mismo y con lo que serenamente le acompaña, donde consigue unir libertad y destino, haciendo posible si no dar respuesta a la madre de todas las preguntas, si, al menos, su enunciación, que no es otra, en definitiva, que la posibilidad de relatar hechos imposibles, si bien tan deseados como inalcanzables.

No obstante, el poeta quisiera aprender a hablar, porque, si así lo hiciera, sus palabras contendrían toda la verdad, desvelarían aquel lenguaje claro y misterioso con el que cantan todos.

Será su titánica tarea el desvelar el sonido que nace de los hombres y los objetos del universo entero y es, a su vez, nuestro ámbito y nuestro yo mismo. Una cósmica partitura en la que somos una nota más.

Sobre el escenario de la vida la evocación, el retorno al pasado permite que las agujas que señalan el tiempo retrocedan, de tal modo que los acontecimientos vividos en el pasado por el autor, están presentes tal como son recreados mediante las palabras de su protagonista. Esta intemporal consideración de la vida, gracias al poder de las palabras, no impide su fracaso, ya que para ellas también es imposible el recorrer las temporales distancias.

En el consuetudinario acontecer del autor de este poemario la muerte fue uno de sus cotidianos acompañantes, pero, cuando estos versos han sido escritos por Antonio Moreno, su visita ya no tiene lugar. El autor encuentra ahora la eternidad que le prestaba la inevitable señora de las sombras en el diálogo con lo que irremediablemente ha de sucederle si no en el instantáneo transcurrir, tal como hermosamente dice: “toco la eternidad en la vida que pasa”.

La totalidad, el absoluto que nos cerca y nos habita es, a su vez, construido y destruido gracias a los signos lingüísticos que permiten distinguir y disgregar y que simultáneamente podrían darnos las señales del todo, ya que son por su parte "palabras que he heredado", que han permitido constituir nuestra humana humanidad, aunque sea para ello necesario regresar a su prístina inocencia y a su consumada sabiduría, de tal modo que unan de nuevo todo aquello tras inicialmente designar separaron y rompieron para que reaparezca y brille deslumbrante "el hecho absoluto de la vida", aquel que se deja ver en las poquísimas personas que poseen la belleza transparente, y es entonces, cuando el poeta no siente sus palabras vacías.

A dejar constancia de las limitaciones del lenguaje, a ponerlas de manifiesto mediante el mismo instrumento cuya insuficiencia se denuncia está dedicado este libro, cuyo título Nombres del árbol, ya nos indica que el nombrar y designar, sencilla y humildemente, las cosas cotidiana y simplemente bellas es cumplido objetivo de este recomendable libro de poemas.

Mis palabras intentan trasmitir algunas de las intuiciones y descubrimientos que nos ha dejado entrever este poético texto, antes de finalizarlas es preciso decir que tan evidentes como ocultos mecanismos y relaciones entre el cosmos nombrado y el corpus de palabras con el que lo designamos y a nosotros mismos y a nuestra realidad nos referimos está perfecta e indisolublemente unido al citado texto, en el que la expresión y el contenido se complementan y adecuan de modo perfecto, consiguiendo así que su lectura nos conduzca a un emocionado descubrimiento y a una serena contemplación.

Manuel Parra Pozuelo

Puntos de venta

PRENSA. Plaza de América, nº 2. ─ ALICANTE.
LIBRERÍA NOESIS. C/ Pintor Baeza, nº 8. – ALICANTE.
LIBRERÍA 80 MUNDOS Avda. General Marvá, nº 14 ─ ALICANTE.
LIBRERÍA MARÍA DEL PUY. C/ General Espartero, nº 91. ─ ALICANTE.
LIBRERÍA LUXYMAR. Plaza Joaquín María López, nº 4. ─ ALICANTE.
PAPELERIA AMORÓS. C/ Foguerer, nº 3. ─ ALICANTE.
LIBRERÍA COMPÁS (Campus Universidad) ─ (S. Vicente Raspeig) ─ ALICANTE.
LIBRERÍA PISCIS. (Cehegín) ─ MURCIA.
LIBRERÍA GRAN VÍA. (Cehegín) ─ MURCIA.
PRENSA TÓMBOLA. C/Virgen de los lirios, 6 - ALICANTE
KIOSKO DE PRENSA. Avda. de Novelda, 96 – ALICANTE
LIBRERÍA RAÍCES. C/Álvarez Sereix, 11 – ALICANTE
LIBRERÍA CRISNA. C/Sirio, 17 - ALICANTE
LIBRERÍA CODEX. C/Santa Justa, 5 - ORIHUELA (Alicante)

AUCA

© De los textos y las ilustraciones: los autores

Coordinación : Manuel Parra Pozuelo
Consejo de Redacción : Francisco Alonso Ruiz, Mª Rosario Mohinelo, Manuel Parra Pozuelo y Mª Isabel Pintos,
Consejo asesor : Julia Díaz Climent, Inmaculada Méndez, Trinitario Rodríguez, Mª Isabel Pintos, Mercedes Rodríguez Lucía Espín Martínez

Colaboradores : Julio Pavanetti, Bernardita Maldonado, Elena Escolano, Ana Marlópez, Maritza López-Lasso, Francisco Camuñas, Eva LLopis, Manuel Valero, Isabel Lozano, Juan Carrizo, Mª Dolores Lamata, Anastasio del Socorro, Ana Cesana, Amparo Benito, María Sabater, Ricardo Picó, Mª José Arques, Rafael Gómez, Juan Vicedo.

Maquetación : Mercedes Rodríguez
Diseño : Grupo Cultural Auca de las Letras
Delegada de Ventas : Lucía Espín
Depósito Legal : A-469-2004
ISSN : 1697-9877

Ilustración de la portada : *Bellea* (escultura) de Roberto Chorro Torregrosa

Imprime : Copistería Velázquez. GRAFIBEL 2010, S.L. C/Padre Mariana, 15 Bajo. 03004-ALICANTE

Colaboraciones y Correspondencia:
c/Gravina, 4 –Centro Loyola-. 03002-ALICANTE
mparra@postalvia.com
aucadelasletras@hotmail.com

WEB: www.aucadelasletras.es

Las personas interesadas en posibles colaboraciones, deberán dirigirse a nuestras direcciones de correo electrónico o postal para solicitar las normas de estilo de AUCA y enviar sus escritos inéditos, en prosa o en verso, que en ningún caso serán más de dos, con arreglo a estas normas, a la dirección y en el formato que se indican. El consejo de redacción decidirá, en todo caso, sobre la pertinencia de su publicación.

La revista Auca no comparte necesariamente las opiniones vertidas en sus páginas siendo los contenidos responsabilidad exclusiva de los autores